

# LA MUERTE ESCARLATA

Antonio Calzado

DOLMEN  
EDITORIAL

La muerte llamaba a las puertas de las casas, y  
no hubo muro ni barricada capaz de detenerla.

Alejandro Castroguer  
*La guerra de la doble muerte.*

Al segundo día un barco se me fue acercando  
más y más, hasta que me recogió. Era el *Rachel*,  
vagando siempre a la pertinaz búsqueda de los  
hijos perdidos, que sólo encontró a otro huérfano.

Hermann Melville  
*Moby Dick.*

PRELUDIO  
LAS ALMAS PERDIDAS

La muchacha camina sola entre los árboles, intentando hacer el menor ruido posible, mientras sus ojos vigilan cada palmo de terreno. Viste ropa militar muy gastada, calza unas botas negras y sostiene entre las manos un fusil semiautomático como un ojo que explora siempre por delante de ella, al modo del bastón de un ciego. La muchacha se llama Eva y nació en una ciudad del sur que ya nadie recuerda hace exactamente veinte años. Así que hoy es su cumpleaños, pero ella no tiene forma de saberlo porque cosas tales como los calendarios y las tartas con velas de colores han desaparecido para siempre. Tampoco le importaría mucho de haberse enterado.

La muchacha parece bonita —muy bonita, se hubiese dicho en los tiempos anteriores a la Plaga— pero está terriblemente sucia, aunque no más que otros supervivientes. Conserva, eso sí, el brillo inocente y trémulo de la primera juventud. Sobre todo en los ojos, que ya han visto demasiado y sin embargo no lo suficiente, nunca lo suficiente. Rodea con agilidad el otero cuajado de bayas donde ayer colocó varias trampas, y una sonrisa le ilumina el rostro al descubrir un conejo muerto. Mejor conejo que rata, aunque una rata bien gorda tampoco habría sido despreciada. La muchacha saca un machete de su guerrera y despelleja con una rapidez sorprendente a su pequeña presa, limpiándose después las manos con tierra seca y agujas de pino. Aún sonríe levemente mientras se retira hacia el campamento con los ojos y los oídos bien abiertos, no sea que la sorprendan los Errantes, pensando al mismo tiempo —no puede evitarlo— en lo poco que necesitan algunas personas para ser felices.

La muchacha llamada Eva soñó una vez con ser profesora de literatura inglesa. Y esta es su historia.



A muchos kilómetros de ese bosque, Robinson acaba de terminarse su tercera lata consecutiva de ravioli *al pesto genovese*. Y culmina esta singular hazaña con un eructo que resuena

como un trueno en el interior del refugio antiatómico, a doce metros de profundidad. Ha calculado, a ojo de buen cubero, que en los enormes sótanos que su padre habilitó como despensas aún quedan otras doscientas latas de ravioli marca Barilla, la mejor pasta italiana del mercado. Y eso sin mencionar las demás conservas y los congelados que aún esperan en la cámara frigorífica, claro está. Por lo que ha visto, ninguna de las latas caducará antes de 2021, así que bien puede atiborrarse hasta reventar. *Como un cerdo, piensa. Porque eso es lo que soy, un cerdo.*

Robinson no es ningún cerdo, aunque cierto es que ha engordado unos treinta kilos en los últimos dos años. En realidad ni siquiera se llama Robinson, pero a él le gusta cómo suena y se hace llamar igual que su tocayo Crusoe. Mejor dicho, se haría llamar así en el caso de que hablara con alguien alguna vez, lo cual no sucede nunca. Para bien o para mal, hace años que Robinson vive completamente aislado del mundo exterior. El territorio de fuera perteneció una vez a los humanos y ahora a los Errantes, pero allí nunca hubo nada para él.

Sentado en su butaca favorita y ante una pantalla de televisión apagada, Robinson considera vagamente la idea de masturbarse otra vez. Pero al final decide que está demasiado cansado y que no le apetece. De todos modos hay que pasar el tiempo de alguna manera, así que empieza de nuevo a ensayar sus voces: «Quienquiera que te proponga la oferta de paz, ese es el traidor, Michael», dice con la voz susurrante de Don Vito Corleone. *No, no tengo ganas. Qué aburrimiento, qué mierda de vida.* Ha agotado sus pasatiempos favoritos, que son por orden de importancia: 1/ Dormir. 2/ Comer. 3/ Necesidades fisiológicas. 4/ Ensayar y perfeccionar sus voces. 5/ Ver películas normales en el vídeo. 6/ Ver películas pornográficas en el vídeo. 7/ Masturbarse. 8/ Leer algún libro, si le da por ahí. Ya no le apetece hacer ninguna de estas cosas, y se diría que el destino de Robinson consiste inevitablemente en morir reventado como el cerdo que dice que es en la segura intimidad del refugio antiatómico, hoy antierrantes. Y sin embargo, no será así.

Robinson quiso una vez ser escritor, pero nunca llegó a conseguirlo. Por eso y por otras razones mucho más importantes, esta es, también, su historia.



Muy lejos del refugio antiatómico de Robinson y del bosque donde Eva ha colocado sus trampas, el pequeño Ismael está jugando al ajedrez consigo mismo. Primero mueve las piezas blancas, peón cuatro rey o peón cuatro dama, luego las negras, luego otra vez las blancas y así sucesivamente. De pronto frunce el ceño en un gesto casi invisible de decepción: ha visto mate al rey negro en catorce jugadas, comenzando por el sacrificio de la torre en la casilla seis caballo de dama. Porque Ismael ve demasiadas cosas y eso es un problema. Y no únicamente a la hora de jugar en solitario al ajedrez.

Ismael tiene nueve años y vive en Cíbola, ciudad de supervivientes en pleno corazón del territorio Errante. Levanta la vista del tablero y contempla a la gente ir y venir entre los barracones; muchos con prisa, muchos armados. Nadie le habla ni él dirige la palabra a nadie, e Ismael no se plantea esta cuestión como algo bueno o malo. Sencillamente se trata de un hecho.

Ismael sabe que ha de mantener la mente ocupada el mayor tiempo posible, aunque por razones muy distintas a las de Robinson. De no ser así, Madre volverá como siempre vuelve y se encontrará las puertas abiertas. Bien es cierto que Madre ignora lo principal, pero aun así es capaz de descubrir muchas cosas y no conviene subestimarla, no sería lógico. A Ismael le gustan cosas tales como las novelas de Sherlock Holmes, los silogismos aristotélicos, el antiguo acelerador de partículas del CERN y el diseño de la nave espacial Soyuz 7. Y jamás se deja llevar por las emociones, porque entre otras cosas ya no es capaz de recordar que una vez las tuvo.

Ismael es un niño que un día, tras un accidente de tráfico, descubrió que era una máquina. Y esta es, por encima de todo, su historia.



I  
LA CIUDAD Y EL REFUGIO



## 1

Había conocido al chico en Cíbola.

Para el grupo de supervivientes del bosque, Cíbola parecía un lugar mitológico, algo así como una mezcla entre el Paraíso Terrenal y el reino de Camelot, y desde luego nadie estaba seguro de su existencia. Quizá sólo era otra leyenda de la era posthumana, tal como el Libro de Seth o la Reina Escarlata. Pero aquella mañana de marzo ingenua y fragante se toparon con un extraño cartel en la carretera que llenó de asombro a todos los que se molestaron en leerlo:

ZUHEROS CÍBOLA 26 Km  
SI TIENES UN ARMA Y COMIDA,  
ERES BIENVENIDO

*Es demasiado peligroso*, había dicho Gabriel. Para el líder del grupo todo era demasiado peligroso, desde los caminos plagados de Errantes hasta los bosques a los que empezaban a retornar bestias que se creían extintas. Pero en algún sitio había que vivir, así que el grupo se limitaba a vagabundear por los montes recolectando frutos silvestres y colocando trampas para los conejos y las codornices: una vida miserable, a la que el hambre, el frío o las manadas de lobos pondrían fin mucho antes que los Errantes. Porque Gabriel era un jefe prudente; demasiado prudente, en opinión de Eva. Tal vez la palabra apropiada era cobarde, aunque había que reconocer que al menos era un cobarde que sabía dónde esconderse. No habían tenido encuentros graves con los Errantes en los últimos seis meses, lo cual no era obstáculo para que el grupo se viera cada vez más diezmado a causa de las pulmonías, la tuberculosis y la desnutrición.

— ¿Por qué no vamos a Cíbola?

— Ni lo sueñes. No sobreviviríamos a veintiséis kilómetros de carretera. Además, no sabemos si ese cartel dice la verdad. Y aunque así fuera, no tenemos armas para todos.

— Dame un fusil y unos cuantos cargadores. Iré a explorar y volveré con noticias.

— Es demasiado peligroso — Gabriel siempre retornaba a su eterna cantinela, como en los estribillos de las canciones antiguas —. Te matarán y nosotros habremos perdido un arma. Olvídalo, Eva.

Eva no lo olvidó, pero con tipos como Gabriel era mejor no insistir: nunca habría comprendido nada. En el fondo, Gabriel representaba, como tantos otros, los estandartes de las viejas creencias que se negaban rotundamente a morir. Porque en su interior, las personas como Gabriel seguían siendo pequeños abogados o pequeños maestros o pequeños comerciantes en sus pequeñas ciudades de provincias, y nunca quisieron saber nada de lo que les había caído encima. *El viejo mundo aún no ha muerto*, parecían proclamar con cada uno de sus gestos, *nosotros somos el viejo mundo*. Y sin embargo, aquello no era más que una triste fantasía infantil, borrada por las hordas incontables de los Errantes. ¿Es preferible morir de tuberculosis, escupiendo los pulmones por la boca durante días? ¿O bien ser despedazado en menos de un minuto por las mandíbulas de los Pellejudos? Un día se lo preguntó a Gabriel y este respondió sin vacilar:

— Prefiero un tiro en la cabeza.

Un tiro en la cabeza; sí, claro, eso sonaba muy digno. Pero... ¿y los que querían vivir?

Aquella noche se habló mucho de Cíbola en voz baja y furtiva alrededor del fuego del campamento, aunque todos tuvieron el buen sentido de no mencionar el menor deseo de probar fortuna allá. Sin embargo, las leyendas sobre Cíbola eran incontables, y no podían por menos que excitar unas imaginaciones ya excitadas por el hambre y las privaciones.

Entre otras cosas, se decía que los habitantes de Cíbola habían llegado a amaestrar Pellejudos, a los que usaban como esclavos o criados. En Cíbola todo el mundo tenía tres o cuatro fusiles, y los niños aprendían a disparar mucho antes que a caminar. Por otra parte, los habitantes de Cíbola comían caliente tres veces al día: no latas de conserva caducadas ni porquerías de los bosques, sino comida de verdad. Macarrones con tomate, por ejemplo. ¿Alguien recordaba todavía el sabor de

los macarrones con tomate? No, claro que no. Aquello también pertenecía al mundo de las leyendas.

Claro que no todo eran ventajas: según los rumores, entrar en Cíbola podía resultar bastante difícil y siempre conllevaba un peaje, en la forma de un arma en buen estado o de cierta cantidad de munición. También valían las medicinas —siempre que no estuvieran demasiado caducadas— o unos cuantos bidones de gasolina. Por otra parte, cualquier sospechoso de practicar el culto a Seth era inevitablemente sentenciado a muerte y ejecutado de inmediato. Esto les parecía muy bien a todos los integrantes del grupo salvo a Eva, que pensaba secretamente que ya se habían perdido demasiadas vidas. Pero en su grupo de supervivientes, los sethianos eran aun más odiados que los propios Errantes.

Aquella noche, durante su turno de guardia, Eva robó uno de los tres fusiles Kalashnikov AK-47 que aún conservaba el grupo y una buena cantidad de cargadores. Media hora más tarde caminaba por la oscura cinta en la que se había convertido la carretera del Norte, en dirección a Cíbola. No sentía ningún remordimiento, aunque se prometió a sí misma enviar ayuda a su grupo en cuanto le fuera posible. Desde luego que no tenía ni la menor idea de cómo iba a cumplir esta promesa.

## 2

Después de su fuga, Eva pasó unos días extrañamente tranquilos. Hasta ahora sólo había encontrado pequeños grupos de Errantes a los que podía esquivar fácilmente, ocultándose en la arboleda o tras un saliente de roca. Es cierto que tuvo que correr en zigzag desviándose del camino un par de veces, pero sus piernas eran jóvenes y siempre lograba despistarlos. Respecto a los Errantes, cualquier cosa fuera de su ángulo de visión o audición parecía no existir para ellos, lo que representaba una gran ventaja. Sin embargo, Eva supuso con razón que sus problemas aumentarían cuanto más se acercara a la ciudad.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó una voz desde la espesura.

Eva dio un salto, asustada. Pero sólo era un chico más o menos de su edad, sentado entre los arbustos como si llevara

horas esperándola. De pronto se levantó con una extraña sonrisa, alzando los brazos al cielo con las palmas extendidas: el gesto universal de la paz que jamás había llegado a perderse del todo. Y sin embargo, parapetada tras su fusil, Eva ya había observado la tonalidad levemente purpúrea de la piel y el vendaje mal compuesto en torno al muslo.

—No des un paso más —dijo apuntándole a la cabeza.

—Sí, bueno, me han mordido un poco —el chico sonreía como disculpándose—. Ha sido un solitario, uno de esos cabrones. Lo maté con una piedra, ¿sabes? Sí, aplasté su fea cabeza contra una enorme piedra. ¿Quieres verla?

Eva nunca supo si se refería a la piedra o a la cabeza, y probablemente el muchacho tampoco; sólo sabía que cualquier persona mordida o arañada por un Errante moría inevitablemente en un plazo que oscilaba entre tres y cuatro horas. Y más tarde se levantaba de nuevo sintiendo mucha, mucha hambre. Pero en ese último lapso de vida antes de la muerte y la resurrección aún se podían explorar todas las variedades de la locura.

—Sólo un mordisco, un mordisco muy pequeño, no creo que esté infectado, ¿sabes? Oh, no, seguro que no, ¿sabes? Eres muy guapa. ¿Cómo te llamas? Me encuentro bien, sí, como nuevo, ¿sabes?

—Si das un paso más, te mato —contestó Eva. Un disparo de advertencia corroboró estas palabras, levantando una nubecilla de polvo a los pies del muchacho. De pronto, unas carcajadas incontenibles hicieron que este se doblara en dos como una bisagra bien engrasada. Sencillamente no podía parar de reír.

—¿Crees que me asustas? ¿Lo crees, puta embustera? Escúchame bien: he tenido sueños, he visto lo que vendrá. Veo a Madre en su agujero que late púrpura y escarlata, y por todas partes... ¿sabes?... por todas partes hay curas y monjas jodiendo sin parar...

—Márchate —gimió Eva—. Por favor.

—...jodiendo como bestias. Y yo no voy a ir al infierno sin haber jodido una vez, al menos una vez. ¿Lo entiendes, puta? Y hay voces que me gritan que soy maricón, pero mienten, siempre mienten...

*Por lo que más quieras, acaba con esto. Considéralo un maldito acto de misericordia. Dispara, dispárale de una vez. Pero no podía hacerlo. Por increíble que pareciera, aquello era todavía un ser humano.*

— ¡Madre! ¿Estás ahí? ¡Una sola vez, Madre, con esta puta! ¡Una sola vez!

Corrió hacia ella a toda velocidad, como si estuviera poseído por fuerzas sobrenaturales. En cierto sentido era así, pensó Eva un segundo antes de disparar. El chico fue impulsado hacia atrás como si alguien hubiese tirado de unos hilos invisibles y, tras una grotesca pirueta, quedó inmóvil en el suelo.

Eva se acercó muy despacio, temblando todavía. Cerca de la mano del cadáver vio un pequeño trozo de papel acartonado, tal vez una estampa o un almanaque con la imagen de una paloma blanca:

### **Seminario Diocesano de San Pelagio**

PROMOCIÓN 2013-2014

*Ángel de la Guarda,  
dulce compañía,  
no me desampares  
ni de noche ni de día,  
no me dejes solo  
que me perdería.*

— Ya basta — murmuró a un paisaje de piedras y árboles retorcidos —. Dios mío, acaba con esto. Acaba con esto, te lo suplico.

Eva aún recordaba el mundo anterior a los Errantes. De pronto se derrumbó a los pies del cadáver y allí permaneció abrazada a su fusil, llorando mansamente y sin el menor ruido. Así la encontraron una hora más tarde los hombres de Cíbola.

### **3**

Los hombres de Cíbola eran tres. Al principio, cuando le ordenaron a punta de fusil que se desnudara por completo, pensó que

seguramente iban a violarla allí mismo, pero no ocurrió nada de eso. Tampoco hubiese sido tan grave, se diría más tarde. Bastaba con tumbarse de espaldas, abrirse de piernas y esperar con mucha paciencia y no menos asco a que se desahogaran. Porque había cosas bastante peores, como caer con vida en manos de los Errantes.

Sin embargo, los hombres de Cíbola se limitaron a dejar caer varias miradas apreciativas sobre su cuerpo acompañadas de algunos chistes obscenos, antes de bajar las armas y decirle que ya podía volver a vestirse. Una elemental medida de seguridad que Eva aplaudió interiormente, todavía temblando de frío: la habían encontrado al lado de un cadáver infectado y no pensaban correr el menor riesgo. Eran esos detalles los que habían permitido a Cíbola resistir —y en cierta medida, prosperar— durante años, mientras que otros asentamientos caían en manos de los Errantes en cuestión de semanas.

— Así que te llamas Eva. ¿Qué llevas en la mochila, Eva?

— Ocho cargadores de AK-47. Agua, cepos, dos latas de conserva y servilletas de papel.

— Compruébalo, camarada.

Un instante de silencio mientras el hombre rebuscaba en la mochila. Al final pareció quedar satisfecho e hizo un círculo en el aire con los dedos. El que parecía el jefe asintió con la cabeza.

— ¿Cuántos años tienes?

— Veinte, creo. No estoy segura. Tal vez veintiuno.

— ¿Pensabas dirigirte a Cíbola?

— Sí.

— Por esta carretera no habrías llegado muy lejos. Detrás de esas colinas encontrarás grupos de Pellejudos que salen hasta de debajo de las piedras. Sólo les faltan pancartas para que aquello se parezca a una jodida manifestación.

Los tres hombres rieron a la vez: era un chiste privado, un simple detalle de camaradería. No tenía la menor gracia, pero eso no importaba. Como cualquier superviviente, aquellos tipos sabían que era necesario reír de vez en cuando para no volverse loco.

— ¿Qué pasó con tu grupo?

— Los abandoné hace unos días.

— ¿Por qué?

— Ellos no querían ir a Cíbola.

— Y tú, ¿por qué quieres ir?

Eva se encogió de hombros. Era una manera como cualquier otra de contestar y así lo entendió el jefe.

— ¿Te suena de algo el Libro de Seth?

— No — mintió Eva. Lo hizo mirándole a los ojos, con el mismo tono de voz que habría empleado en otro tiempo para decir *buenos días*. Su interrogador — un cincuentón alto y pelirrojo con una guerrera de camuflaje que decía CCCP — sacó un cigarrillo liado a mano y lo encendió ceremoniosamente con un mechero Zippo.

— ¿Qué sabes hacer, Eva?

— Disparar. Soy rápida de reflejos y tengo buena puntería. Yo...

— Sí, ya — cortó impaciente el jefe —. Todo el mundo sabe disparar en Cíbola. ¿Qué más?

— Sé bastante de primeros auxilios. Y algo de cocina. El trabajo duro no me asusta, puedo aprender cualquier cosa. Sé fabricar y poner trampas para los animales y... — por un momento la voz de Eva tembló —. Bueno, también sé...

— Adelante — sonrió el jefe irónicamente —. No seas tímida, ya somos casi de la familia.

— Sé bastante sobre literatura inglesa. Pensaba graduarme en la universidad, precisamente en literatura inglesa.

Hubo un momento de silencioso asombro, antes del coro atornador de carcajadas. Los hombres se retorcían en espasmos de risa incontenible, mientras que el pelirrojo tuvo que apoyarse en su fusil para no caer al suelo. *Santo Dios, literatura inglesa*, consiguió murmurar al fin.

— ¿Qué tiene de gracioso? — preguntó muy seria Eva.

#### 4

El jardín se parece al del palacio de Versalles, que ha visto sólo una vez en una postal, pero que no ha conseguido olvidar nunca. Y sin embargo, este tiene aun más flores y está rodeado de manzanos, unos manzanos enormes como palmeras que ofrecen su sombra al paseante, como una leve caricia de frescura bajo el sol abrasador. A un extremo de la verja puede leerse un cartel que dice:

## HOY, LITERATURA INGLESA.

— Todo ocurrió por culpa de vuestra estúpida tendencia al gregarismo; nunca habéis sabido vivir fuera de la manada. Si se os coge uno por uno, no valéis nada. Aun menos que los Errantes.

— Eso no es justo — protesta Eva.

Robert Louis Stevenson se encoge de hombros, antes de dar una larga calada a su cigarro puro. El sombrero de copa y la levita negra le dan cierta apariencia de enterrador, que contrasta penosamente con la verde luminosidad del jardín.

— Fue por culpa del egoísmo — interviene con exaltación Charles Dickens —. Jamás pensasteis en los niños que se morían de hambre. Son los niños de otros, decíais, ¿qué nos importa? El único camino verdadero es el socialismo.

Stevenson y Edgar Poe intercambian risas y patadas bajo la mesa, como dos colegiales que acaban de escuchar una grosería. Al mirarlos, ni siquiera Eva puede evitar una sonrisa.

— Déjalo ya, Charles — dice con severidad un digno Sir Arthur Conan Doyle —. Nos tienes aburridos con tanto costumbrismo. — Y añade en voz baja, dirigiéndose a Eva —: *Desde que se hizo marxista, no hay quien le soporte.*

— ¡Rojo! — se burla Edgar Poe con un gesto obsceno.

— ¡Tú ni siquiera deberías estar aquí! ¡Estúpido yanqui borracho!

— ¡Callaos todos! — ruge Sir Arthur, golpeando la mesa con toda la fuerza de su autoridad —. Quisiera que, para variar, tomásemos el té como personas civilizadas. No olvidéis que tenemos una invitada... Por cierto, Tolkien se retrasa, como de costumbre.

— Estará en misa, comiéndose al párroco — dice Stevenson, y esta vez todos se echan a reír, incluido el severo y adusto Sir Arthur Conan Doyle. La tarde cae lentamente sobre un césped cortado al milímetro, salpicado de caléndulas y siemprevivas.

— ¿Es esto todo lo que hacéis? — pregunta Eva —. ¿Tomar té y decir un montón de tonterías en medio de un prado?

— Del jardín de la Reina de Corazones, querida — rectifica gentilmente Robert Louis Stevenson, sin dejar de mover la cucharilla dentro de su taza. Un tintineo agradable de cascabeles, una canción melancólica que le recuerda a su hogar.

— Ahí fuera hay un mundo que agoniza — dice al fin — . ¿No os importa?

— ¿Cómo habría de importarnos, querida? — observa melancólicamente Sir Arthur — . Estamos muertos.

— ¿Y los Errantes?

— Admirables — interviene por vez primera el taciturno Oscar Wilde, con la vista clavada en los puños color escarlata de su espléndida camisa de seda — . Hay cierta grandeza clásica en ellos, a la manera grecorromana. La decadencia corporal...

— Un momento, Oscar. Deja que yo informe a la señorita del auténtico estado de las cosas — corta impaciente Dickens — . Los Errantes son los Espíritus de las Navidades Perdidas.

— No lo entiendo.

— No les hagas caso, jovencita — murmura la única mujer sentada a la mesa con Eva, una señora de melena blanca y cara alargada — . No son más que hombres. Y ni siquiera eso: son fantasmas de hombres.

— ¿Por qué no te das otro paseo hasta el arroyo, Virginia querida? Ya sabes, como en los viejos tiempos — replica mordaz Charles Dickens, y después se vuelve hacia Eva en tono confidencial — : Te decía que los Errantes son los Espíritus de las Navidades Perdidas.

— Sigo sin entenderlo.

— Es muy fácil: ya no habrá más Navidades pasadas, ni presentes, ni futuras, nunca más. Tan sólo el hambre de los Errantes que buscan una presa. Que te buscan a ti, pequeña.

Un silencio. Ahora todos los rostros están vueltos hacia ella, con la misma sonrisa siniestra que va ensanchándose cada vez más. Sir Arthur se relame y traga saliva una y otra vez sin el menor disimulo, un lobo disfrazado con chalina y bombín que observa a Caperucita. Robert Louis Stevenson acaba de arrancarse con un chasquido el meñique izquierdo y, tras mojarlo en el té, se lo mete en la boca y lo mastica lentamente sin dejar de sonreír. Eva se levanta, aterrorizada: todos los rostros muestran ese horrible tinte púrpura o violáceo que en su corazón ha bautizado como la Muerte Escarlata. Es la marca de los Errantes.

— Nosotros somos Ellos. Ese es el secreto de Seth.

- Ellos somos Nosotros. Ese es el secreto de Seth.
- ¿Creéis que servirá?
- No sé. Un poco flaca.
- Pero es joven. Carne joven, sangre joven.

Se acercan y la rodean tambaleantes, torpes, implacables. Ella los mantiene a raya enarbolando una vieja silla de jardín, como un domador a los leones de un circo. Pero aquello ya no puede durar mucho, y el círculo se estrecha cada vez más.

– Por favor – suplica entre lágrimas –. No, por favor.

– No quiero mentirte, pequeña. – La cara de Sir Arthur es ya un amasijo de gusanos que se retuercen sobre dos filas de dientes triangulares –. Te dolerá, sí. Te va a doler mucho, pero sólo por unos momentos. Y después...

– Después serás como nosotros por voluntad de Madre, nuestra querida Reina de Corazones – continúa Poe –. Y Madre dice... ¿qué es lo que dice Madre, estimados colegas?

– ¡QUE LE CORTEN LA CABEZA! – gritan todos a la vez.

La silla se ha evaporado en el aire al mismo tiempo que los monstruos se abalanzan sobre ella. Un último pensamiento absurdo: una melé de rugby. Quisiera recordar a sus padres por última vez, pero ya es demasiado tarde. Porque ahora las manos ávidas como garras le destrozan el cuerpo y unas mandíbulas en forma de sierra se han cerrado ya en torno a su cuello. Y lo último que escucha antes de morir es el crujido de las vértebras estallando en su garganta, como huesos de pájaros.

## 5

– No quiero locos en mi grupo, y mucho menos estúpidos – rugía el pelirrojo –. Si vuelves a gritar, te dejaré aquí, en mitad de la nada. Eso si no les doy a mis hombres permiso para disparar, y alguno lo está deseando. ¿Entendido?

– Lo siento – murmuró Eva aún con la voz pastosa –. Tuve una pesadilla.

– Me importan una mierda tus pesadillas, has estado a punto de echarnos encima a todos los Pellejudos de la zona. Hemos tenido suerte, muchísima suerte – añadió mientras se secaba el

sudor de la frente —. Ahora debemos marcharnos, este lugar ya no es seguro. Gracias a ti.

Eva no respondió, ni siquiera para disculparse de nuevo. En este mundo, las disculpas eran tan inútiles como las cabinas de teléfonos o los autobuses urbanos. Levantaron rápidamente el campamento y, quince minutos más tarde, ya estaban de nuevo en camino con las primeras luces del amanecer.

Caminaron durante toda la jornada. Habían abandonado la carretera, y ahora el pelirrojo les guiaba a través de frondas llenas de espinos o antiguos caminos de ganado, dando vueltas y más vueltas pero sin perder nunca el rumbo, como si tuviera una brújula en la cabeza. A veces se adelantaba para explorar y desaparecía durante una o dos horas. Los otros aprovechaban estos intervalos para compartir unos trozos de pescado en salsa y conversar en voz muy baja, apenas inteligible. Nadie le ofreció comida ni le dirigió la palabra durante todo el trayecto. *No puedo reprochárselo*, pensó Eva. *Yo habría hecho lo mismo*.

Hacia el mediodía, el pelirrojo dio orden de detenerse. Se hallaban en lo alto de una loma salpicada de olivos salvajes, desde donde podía verse a lo lejos una parte de la carretera. A una señal del jefe, todos se agacharon quedándose inmóviles tras una hilera de troncos, como estatuas que se mimetizan de forma natural con el paisaje. Los hombres acariciaban sus armas o hablaban con ellas moviendo muy lentamente los labios, sin pronunciar una sola palabra.

— Está ahí delante. Un Gusano, y bien grande.

No era necesario que nadie respondiera. El coro de gemidos había comenzado grave y monótono como el zumbido de un abejorro, pero ahora crecía y crecía cada vez más, una horrible plegaria interpretada por millares de voces muertas. Eva se acurrucó en posición fetal y con los ojos muy cerrados tras un tronco caído, intentando ocupar el menor espacio posible. *¿Cuántos eran? ¿Cientos, tal vez miles? OOOGGGGHHHEEEEEAAAAGGG...*

— Mierda — susurró el tipo que miraba por los prismáticos —. Esos idiotas van a atraerlos hacia aquí.

— No tendrán tiempo para eso — murmuró el pelirrojo.

Estas palabras la desconcertaron de tal modo que se atrevió a echar un vistazo por encima del tronco. Mucho más tarde intentaría sin éxito describir lo que vio:

¿Habéis contemplado alguna vez el paso de una plaga de langostas? Y sin embargo, las langostas vuelan o por lo menos saltan; de ahí esas nubes pardas arrastradas por el viento. Pero los Errantes ni siquiera corren. Ellos sólo caminan o reptan, a veces unos sobre otros aplastándose entre sí en un amasijo informe de piernas, brazos y cabezas que se mueven espasmódicamente, como las excrecencias de un monstruo abisal. Tampoco son válidas las comparaciones acerca de multitudes en estadios o vagones del metro en hora punta. No, no se trata de algo tan sencillo como una muchedumbre que se agolpa en un espacio demasiado pequeño. Los Errantes ya no tienen conciencia ni de su propio cuerpo y no saben diferenciarlo del de los demás. Sólo una cosa conocen o, mejor dicho, sienten: el Hambre. El Hambre nace de sus bocas y ni siquiera es necesario tener estómago para sentirla. Por eso, no les importa pisotearse unos a otros o trepar sobre una pila de cuerpos utilizando huesos rotos o cuencas vacías como asidero, por eso sus cabezas decapitadas siguen entrechocando los dientes en busca de carne viva. Nadie cree que puedan sentir dolor: sólo tienen hambre. Y cuando se agrupan en un espacio relativamente reducido —un túnel, una carretera estrecha— dan la impresión de ser más que nada un gigantesco ciempiés multiforme que se retuerce en millares de segmentos. Por eso la expresión del pelirrojo —«un gusano y bien grande»— era perfectamente adecuada.

Eva jamás los había visto en tal cantidad; el grupo más numeroso que se había visto obligada a esquivar constaba de unos cien individuos, aunque desde luego no se detuvo a contarlos. Pero aquí mismo, ante sus ojos, habría unos cinco o seis mil, sin contar con las legiones que aún quedaban por desfilar. Ahora empezaba a comprender vagamente a los sethianos, en cierto modo el Gusano emanaba poder, una suerte de hipnosis colectiva que obligaba a la voluntad a hacer un esfuerzo suplementario para no abandonar el escondite y correr con júbilo al encuentro de sus fauces. Los gemidos, pensó, representaban en realidad una llamada en un lenguaje

que nadie podía entender, pero que no por eso resultaba menos convincente. Fue entonces cuando vio el vehículo de los fugitivos.

Un todoterreno gris metálico bajaba derribando arbustos y a punto de derrapar por la loma; el que conducía debía de ser un piloto excelente o bien un loco con la suerte del diablo, ya que parecía increíble que el vehículo aguantara sobre sus cuatro ruedas después de tales giros en zigzag. Pero, ¿por qué esos estúpidos enfilaban ahora directamente hacia la carretera? Eva tuvo una fugaz visión de su infancia, en la que un avión se estrellaba desde distintos ángulos de cámara contra un gran edificio sobre un fondo de cielo increíblemente azul. ¿Eran sethianos? Parecía poco probable, y menos aun después de ver el cañón inconfundible de un M-16 disparando cortas ráfagas desde la ventanilla del copiloto. La solución al misterio no se hizo esperar.

En la cima de la colina habían aparecido docenas, tal vez centenares, de Errantes como espantapájaros en movimiento que extendían los brazos hacia abajo, en dirección al vehículo que descendía a trompicones por la loma. Los tipos del todoterreno se habían topado con un pequeño rebaño campo a través y —humanamente, estúpidamente— optaron sin saberlo por huir en la peor dirección posible: hacia la carretera. Habían escapado de una pata del ciempiés sólo para encontrarse con la cabeza, y ahora estaban acorralados. Eva lo veía todo desde su improvisado escondite como si se tratase del rodaje de una película, casi esperando que de un momento a otro una voz gritara: «¡Corten!». Y entonces todo el mundo se relajaría y algunos hasta harían bromas o encenderían cigarrillos. Se incorporó levemente, sin darse cuenta de lo que hacía.

— No, pequeña — dijo la voz del pelirrojo. Una mano firme la tomó por el hombro obligándola a agacharse de nuevo—. No podemos hacer nada.

— Hijos de puta — murmuró el hombre de los prismáticos.

— Ya basta. Silencio todo el mundo.

No parecía una orden muy necesaria, ya que los Errantes no dejaban oír otra cosa más que su macabra canción de cuna. Había que tener mucha sangre fría para no moverse, para transformarse en una piedra tras la fila de árboles achaparrados sin ceder a la tentación de echar a correr; bien en dirección contraria a la de los

Errantes o simplemente hacia ellos. Acabar con todo, sí, qué maravillosa posibilidad. Pero, por supuesto, ninguno de ellos consideró seriamente la idea. Al fin y al cabo, eran supervivientes.

El todoterreno gris chocó de repente contra un olivo y se detuvo, tras un último estremecimiento mecánico. De inmediato se abrieron las puertas delanteras, y un hombre y una mujer saltaron desde el interior como impulsados por muelles, huyendo en direcciones opuestas. La mujer tenía un subfusil Uzi en cada mano y disparaba sin dejar de correr contra la masa de Errantes que se acercaban desde la carretera: imposible fallar, pero también muy difícil acertar en la cabeza para que no volvieran a levantarse. Tras unos metros, el tipo había comprendido por fin la inutilidad de correr y ahora se atrincheraba un tanto absurdamente tras un montículo de tierra seca como si temiese el fuego enemigo, sin dejar de disparar su M-16. *Bonnie y Clyde*, pensó Eva. Bonnie y Clyde estaban perdidos, pero se defendían con valor, y que ese valor fuese sólo un último fruto de la desesperación no tenía la menor importancia. La distancia se fue convirtiendo en un círculo de diámetro cada vez más estrecho; quince metros, diez, seis. El tío había agotado las municiones, y ahora se abalanzaba sobre las filas de Errantes enarbolando el fusil como si fuese un garrote. Eso fue lo último que vieron de él.

Increíblemente, Bonnie aún resistía y, según los Errantes se acercaban, su precisión con las armas parecía cosa de magia. Ya había tumbado a seis o siete de certeras ráfagas en la cabeza pero, como todo el mundo sabe, lo peor no es la primera línea sino los que vienen detrás. Retrocedió unos pasos, tiró una de las Uzi y se metió el cañón de la otra en la boca, la mano libre aferrando con fuerza una medalla que llevaba colgada del cuello. Después, un disparo semejante al crujido de una rama seca, casi ahogado por el coro de gemidos. Un segundo más tarde, Bonnie había desaparecido bajo una maraña de cuerpos hambrientos.

— Ya está — murmuró el pelirrojo, y fue como si se hubiese quitado un peso de encima. En realidad todos habían sentido lo mismo.

Permanecieron allí más de dos horas en silencio y aguantando como podían las ganas de orinar, mientras las filas de Errantes más alejadas se reintegraban al Gusano y este proseguía su

marcha arrasadora e inalterable. Poco a poco, los gemidos fueron haciéndose más lejanos e irreales, como un mal sueño que se resiste a marcharse, hasta que por fin todo quedó en silencio. Pero el pelirrojo aún esperó a que el sol descendiera un poco más en el horizonte antes de dar la orden de reemprender el camino.

## 6

Los dos tipos que acompañaban al jefe se llamaban Juan y Jorge; el pelirrojo — que no quiso decirle su nombre de momento — se refería a ellos como a una sola unidad funcional a la que denominaba JJ.

— No sé qué haría sin ellos. Son mis dos ojos, mis dos oídos, mis dos brazos y mis dos piernas.

— Y tus dos cojones — dijo Juan o Jorge. Todos se rieron a la vez, incluida Eva: tras la escena de la carretera, los hombres de Cíbola habían suprimido tácitamente la ley del silencio que pesaba sobre ella. Nada como la contemplación de la muerte en directo para olvidar viejas rencillas.

— ¿Quién gobierna en Cíbola?

— A veces el azar. Otras, la necesidad. Y siempre Alexei Ivanov.

— ¿Qué clase de tío es ese Alexei?

— Ya lo conocerás — dijo el pelirrojo—. Un hijo de puta de categoría.

Volvieron a reír: se reían de cualquier cosa, hasta de las insignificancias, sobre todo de las insignificancias. Tampoco carecían de humor negro: Jorge había encontrado unas bragas rosas en el interior del coche abandonado y se las había puesto en la cabeza a modo de sombrero. A Eva el detalle le pareció de un mal gusto espantoso, pero no tardó en comprenderlo: los muertos, muertos estaban. En cuanto a los tipos de Cíbola, se habían retorcido de risa sin el menor escrúpulo.

El resto del viaje fue tranquilo, casi apacible. Una bonita caminata por el campo, de no ser por los esqueletos calcinados de los coches y los enjambres de moscas que revoloteaban sobre restos o manchas imposibles de identificar. Y al día siguiente llegaron por fin a las tapias de ladrillo de Cíbola, tan impresionantes a su manera como los muros de Troya.

—Las leyes son muy simples —le dijo el pelirrojo nada más entrar en la ciudad—. Pena de muerte para todos los delitos graves. Pena de destierro para todos los delitos leves. Es el Consejo y en última instancia Alexei los que deciden la gravedad en cada caso. Pórtate bien, trabaja duro y tendrás comida y seguridad, incluso algunos cigarrillos de vez en cuando. Intenta jodernos y acabarás como esos. ¿Lo has entendido?

Estaba señalando un enorme roble al lado de la verja de entrada, con tres cuerpos balanceándose como sacos de la rama más gruesa. Al pie del árbol un enorme cartel en mayúsculas:

### SOMOS TRAIADORES QUE HAN CONSPIRADO PARA LOS SETHIANOS

Eva se estremeció, aunque llevaba demasiado tiempo sobreviviendo para permitir que alguna emoción aflorara a su rostro. El cadáver de la izquierda ya no tenía ojos: los cuervos se habían alejado prudentemente ante la llegada del grupo, pero no tardarían en volver.

—¿Y mi fusil?

—Yo me lo quedaré. En Cíbola no está permitido llevar armas, salvo a los milicianos de la Guardia. Si quieres tu fusil, tendrás que ganártelo. Bien —añadió señalando a la derecha—, allí podrás darte una ducha y comer algo. ¿Ves aquellos barracones? Te espero dentro de una hora en la puerta del viejo ayuntamiento.

—No sé dónde está...

—Pregunta —concluyó el pelirrojo, marchándose con sus hombres sin más explicaciones.

Eva miró a su alrededor, algo desorientada. La ciudad de Cíbola parecía una de esas urbes imaginadas por los arquitectos de hace un siglo y que jamás llegaron a construirse: milimétrica y rectilínea, perfecta sobre el plano. Por todas direcciones asomaban hileras de barracones de ladrillo, formando avenidas paralelas y equidistantes entre sí. Aquí y allá se veían grupos de personas que transportaban material en carretillas, o conversaban entre sí entrando y

saliendo de los barracones: nadie parecía ocioso. No vio un solo anciano o niño a la entrada de Cíbola, y tampoco los echó de menos.

Echó a caminar, sintiéndose de pronto mortalmente cansada. La mochila a su espalda pesaba como plomo, pese a que había sido desvalijada metódicamente de todos los cargadores. Observó que algunas personas la miraban con cierta curiosidad, pero nadie le dirigió la palabra: algo así como una cuarentena para los recién llegados, pensó. A sus pies, una larga explanada de tierra batida la condujo hacia la parte primitiva del asentamiento; aquí sí se veían fachadas blancas de cal y alguna fuente de vez en cuando, en callejuelas estrechas y retorcidas como una maraña de dedos. Aquello le gustó; había comenzado a sentirse algo agobiada por la geometría un tanto absurda a la entrada de Cíbola.

En ese momento vio a un niño de unos ocho años — el primero en toda la ciudad — sentado sobre un montón de ladrillos al lado de la explanada. Estaba totalmente inmóvil y con las piernas cruzadas, un pequeño Buda meditando sobre la impermanencia. Este pensamiento la hizo sonreír y se sentó a su lado, sintiendo las agujetas como alfileres clavados en sus piernas.

— ¿Cómo te llamas?

El niño le sonrió sin decir nada, tendiéndole una tarjeta del grueso mazo que llevaba en la mano, del mismo modo que un prestidigitador que saca la carta exacta de la baraja.

¡HOLA! ME LLAMO ISMAEL TORRES RUIZ  
Y MI DIRECCIÓN ES:  
RONDA DE LOS ROBLES, 9 1º-2 14001 CÓRDOBA.  
PADEZCO SÍNDROME DE ASPERGER.  
POR FAVOR, SI ME VES SOLO EN LA CALLE,  
LLAMA AL TELÉFONO:  
957327110412  
O BIEN AL: 091 / 092  
POR FAVOR, QUE ALGUIEN ME LLEVE A CASA.  
¡GRACIAS!

— ¿Es que no sabes hablar? — preguntó Eva, y el chico se encogió de hombros —. De acuerdo. A mí me gusta el silencio.

Al cabo de un rato, Eva se levantó y continuó caminando con paso cansino hacia los barracones. Tardó algún tiempo en percatarse de que el niño la seguía a pocos metros, los grandes ojos grises clavados como imanes en su mochila con fijación matemática, esa que sólo él era capaz de tener. Eva se volvió un par de veces para decirle que se volviera a su casa, o con su grupo, o donde quisiera. Pero el chico no hizo el menor caso y continuó siguiéndola como una pequeña sombra, desvalida e implacable al mismo tiempo.

Así fue como Eva conoció a Máquina. Y desde entonces nada, nada fue igual que antes.

## 8

Robinson echa un último vistazo a las cintas antes de decidirse: viejos armatostes de plástico con las letras VHS, que Dios sabrá lo que pudieron significar en su época. Elige finalmente *Animadoras en celo*, descartando con pesar *Las alegres orgías del granjero II* y *Criadas para todo*. Tracy Lynn haciendo de animadora le parece una razón más que suficiente para decidirse.

Un vídeo Sony VHS, con sus botones de REW, PLAY, FFWW e incluso aquel rojo de REC, que serviría para grabar de la tele si la tele todavía emitiera algo. La sala se parece bastante a cualquier comedor de una familia bien situada, salvo por dos detalles fundamentales: la ausencia casi absoluta de objetos decorativos y la total ausencia de ventanas. En lugar de estas, se han instalado unos respiraderos casi invisibles en el techo que seguramente comunican con tuberías enrejadas y siempre a oscuras. Un mundo subterráneo que Robinson imagina lleno de ratas y hojas muertas, y del que no quiere saber nada. Basta con revisar los generadores y estar pendiente de que los respiraderos no se atasquen, porque el solitario y austero hogar de Robinson se halla a una profundidad de doce metros bajo tierra.

El búnker, lo llamaba en broma al principio. Más tarde, cuando la Plaga se extendió y la televisión dejó de emitir para siempre, Robinson se dio cuenta de la exactitud de esta palabra aunque, por lo demás, ya no estaba para muchas bromas.

El vídeo ronronea como un gato satisfecho mientras advierte de los peligros de las copias ilegales en base al artículo 270 del Código Penal, condena de uno hasta cuatro años de prisión. Robinson vuelve a posar la vista en el revólver de su padre, siempre al alcance de la mano, con el tambor tan lleno de balas como el de Clint Eastwood en *El bueno, el feo y el malo*, aunque siempre le gustó más Lee Van Cleef. Ya no recuerda la época en que la inercia empezó a presidir todos sus actos y, en el fondo, no le importa un carajo.

*Un vídeo Sony VHS*, piensa por enésima vez. Su padre era todo un clásico, como su colección de películas de cine negro que hay en el almacén. Nada de reproductores DVD, Blu-ray o cualquier otra pamplina por el estilo. «No los entiendo ni quiero entenderlos», decía el viejo, poniendo así punto y final a la conversación. Un hombre de convicciones firmes, sí señor. Había encargado la construcción del refugio antiatómico — así lo llamaba, refugio antiatómico, valiente gilipollez— a principios de los ochenta, por temor a la guerra nuclear que inevitablemente provocarían los rojos. Cuando los rojos y la guerra nuclear se fueron juntos a paseo, el viejo continuó dilapidando el enorme patrimonio familiar — ganado con tanto esfuerzo a base de herencias— para perfeccionar y «modernizar» el refugio: ahora el Enemigo ya no eran los rojos, sino los terroristas islámicos. Si en los días de la Plaga no hubiesen existido terroristas islámicos, entonces los crueles enemigos bien habrían podido ser los zulúes, los esquimales, los vegetarianos o los de Albacete. Porque lo esencial era disponer de un Enemigo del que defenderse a toda costa; que dicho Enemigo fuese real o imaginario no tenía la menor importancia. Y es que el padre de Robinson sacaba de este delirio una energía extraordinaria: lo mismo que otros que en momentos de desánimo piensan en sus amigos o en sus familias o en sus novias, el viejo se sentía extrañamente confortado sólo de imaginar el terrible poder de sus enemigos. Después de todo, eran los únicos que le daban una razón para vivir, aunque nunca imaginó de dónde vendría por fin el auténtico desastre.

Robinson vuelve a prestar atención a la pantalla, aunque esta parte ya la conoce: el autobús de las animadoras se despista en una carretera secundaria y acaba en un poblacho de mala muerte,

donde sólo hay un montón de tíos musculosos que se pasan la vida jugando al baloncesto. «Qué calor tan horrible», dice Tracy con su adorable voz de pito. «Chicos, ¿os molesta que me quite la camiseta?». Por supuesto que a nadie le molesta, y menos que a nadie a Robinson, que ya ha comenzado a masajearse la entrecadera como un violinista que comprueba meticuloso las cuerdas de su instrumento. Pero de repente un pensamiento parásito le desconcentra por completo: *¿Dónde estará ahora mi padre? Qué fastidio, igual que si un idiota le preguntara la hora a Karpov mientras este medita la jugada decisiva. Pero la pregunta no quiere marcharse, y todo lo más rebota aquí y allá en las paredes de la mente de Robinson como una pelota de ping-pong. Pues dónde va a estar; de viaje con los Errantes, como todos los demás. Tambaleándose y gimiendo con un andrajoso traje de chaqueta sobre el pellejo escarlata, mirando sin ver, chasqueando los dientes, hambriento, siempre hambriento. Fíjate, papi, ahora ya no hay enemigos. Sólo comida, si eres capaz de atraparla.*

Aún recuerda la amarga disputa del último día, esa misma que paradójicamente le salvó la vida. Era junio y hacía un calor espantoso, pero curiosamente a nadie se le ocurrió quitarse la camiseta. Su padre le reprochaba una vez más su falta de perspectivas, su indiferencia casi metafísica ante cualquier clase de esfuerzo. *Te han suspendido otra vez todas las asignaturas. Dime, ¿qué piensas hacer con tu vida?* Si Robinson se hubiese dignado responder, lo habría hecho con una sola palabra: nada. El viejo apagó la televisión, en la que un presentador informaba un tanto confusamente de ataques en el norte, de muertos que parecían volver a la vida. El gobierno hablaba de falsos rumores y recomendaba a la ciudadanía mantener la calma por encima de todo, puesto que la situación... ¡*Chack!* El chasquido del televisor al apagarse hizo aterrizar de nuevo a Robinson en el peor de todos los lugares posibles: la realidad. Una lástima, porque en verdad habían empezado a interesarle las noticias procedentes del norte. Pero allí estaba su padre como un cancerbero a las puertas del infierno, vomitando reproches con la fuerza de una ametralladora. Entonces tuvo una idea.

Robinson se rindió. Mejor dicho, Robinson — entonces aún no se llamaba así, debían de llamarle de otro modo — fingió ren-

dirse, y lo hizo con la convicción y el aplomo del mejor de los actores. Porque igual que su padre sacaba fuerzas para resistir de sus múltiples enemigos imaginarios, Robinson vivía de las mentiras. Cualquier cosa que lo alejara de la vida era lo que le permitía sobrevivir y, desde que tenía memoria, se había dedicado a construir su propio acuario a medida y a base de mentiras, que se adaptaba a su carácter como un guante a la mano. Envidiaba sobre todo a los *hikikomoris* japoneses, aquellos chalados — ¡o genios! — que se encerraban durante años en una habitación con un montón de videojuegos para no hablar nunca con nadie. Dadas sus circunstancias, tal sueño no era posible. Pero uno podía ir acercándose a él a base de mentiras, falsas promesas y no menos falsos gestos de arrepentimiento. Era una receta poco menos que infalible.

Así que inclinó la cabeza con un suspiro y prometió a su padre que estudiaría en firme durante todo el verano, a fin de aprobar las asignaturas suspensas en la convocatoria de septiembre. A estas alturas ni Robinson ni su viejo podían saber que ya no habría exámenes ni ninguna otra cosa en el mes de septiembre. De hecho, ni siquiera habría septiembre y... ¿a quién le importaba eso? A Robinson no, desde luego. Mucho más tarde pensaría que la Plaga Errante había representado para él casi el cumplimiento de un deseo: algún remoto dios *hikikomori* se habría apiadado de él enviando a los Errantes. Cuando pensaba en estas cosas se reía o lloraba, según tuviera el día.

Pero aquella tarde en el domicilio familiar el padre había bajado los ojos, sólo por un momento. Un gesto casi imperceptible, pero que no pasó desapercibido al poderoso sexto sentido de Robinson. Por supuesto que el viejo continuaba bombardeándole con sus reproches, pero ahora se parecía más bien a un soldado que dispara sus últimos cartuchos antes de la retirada. No cabía duda: el viejo estaba empezando a aflojarse y el contraataque no se hizo esperar. Robinson se disculpó, rogó, gimió, pidió mil veces perdón, hizo propósito de enmienda y, sólo cuando el viejo terminaba de aplacarse, soltó su pequeña bomba.

Robinson le pidió a su padre las llaves del refugio antiatómico: aquel era el sitio ideal para enclaustrarse como un monje

durante todo el verano y preparar los exámenes con absoluta concentración, le explicó. El refugio disponía de cámaras frigoríficas con comida suficiente para años, luz eléctrica y agua corriente gracias al arroyo cercano, calefacción, aire acondicionado y los enormes generadores con sus grupos electrógenos que lo hacían todo posible, ocultos como los magos de los cuentos. Además, el refugio se hallaba convenientemente lejos de cualquier lugar habitado: en medio de un espeso bosquecillo de alerces, camuflado como un simple cobertizo de leñador. De modo que allí Robinson estudiaría como un poseo, noche y día, lo que hiciera falta; nada ni nadie lo iban a apartar de sus recién descubiertas responsabilidades. Al fin tuvo que ahogar una sonrisa mientras su padre le tendía las llaves entre escéptico y esperanzado. *Mi padre, el único animal que tropieza mil veces en la misma piedra*, pensaba. Así terminó la discusión.

Ese mismo día, horas más tarde, Robinson aterrizaba al volante de su Ford Fiesta en el discreto caminito de tierra que llevaba a la entrada del complejo subterráneo: una simple cabaña de madera con una trampilla en el suelo, oculta bajo la alfombra. Llevaba consigo una mochila con un ordenador portátil, un saco de dormir, varias botellas de whisky, unas latas de Seven Up, un manoseado ejemplar de bolsillo de *Robinson Crusoe* y veinte películas pornográficas en formato VHS, elegidas al azar unas horas antes en un comercio regentado por ciudadanos chinos; de los apuntes y libros de la universidad no había el menor rastro.

Y lo que Robinson menos podía imaginarse, durante su primer y triunfal descenso al refugio antiatómico, era que no iba a salir de allí durante años.

## 9

*De pronto me doy cuenta, al oír el sonido de su voz, de que es ella: mi programadora. La sigo lentamente manteniendo la distancia, no quiero asustarla; hay algo en mí que asusta a las personas. No sé exactamente lo que es: hay demasiadas cosas que no sé y esa es justamente la señal más clara de que necesito ser reprogramado. Pero no todavía, no antes del viaje. Después, cuando los sueños hayan cesado, sí.*

*Se vuelve y me dice que no la siga, que me marche. No hay ira en sus palabras, sólo cansancio. Reconozco la ira, he aprendido a detectarla en todas partes. No hay ira en ella, pero sí ignorancia, porque aún no sabe que es mi programadora. ¿Es un ser humano o es algo como yo? No hay muchos como yo, y quizá ya no quede ninguno.*

*Mi apariencia externa es frágil y desvalida, ya que fue diseñada para despertar en los humanos el llamado instinto de protección. No sé exactamente qué significa esto, pero está inscrito en mis circuitos de memoria y por lo tanto debe ser cierto. Sin embargo, la gente no se me acerca mucho. Tal vez porque no soy lo suficientemente mimético, debido a un error de programación. La gente en Cíbola desconfía de mí, tengo que disimular. Y no perderla de vista.*

*Soy parte de un experimento que quedó sin terminar cuando llegaron los Errantes y por eso estoy confuso; no me gusta el desorden ni la confusión. No he sido informado de mis objetivos y ahora debo descubrirlos por mí mismo, si es que puedo. Quizá la programadora me ayude antes o después del viaje. Aquí todos temen a los Errantes, es lo único que tienen en común. Eso y el recelo hacia mí. Yo soy inmune a los Errantes, pero no a la confusión.*

*En algún momento mis creadores cometieron un error, o bien no pudieron terminar su trabajo a causa de los Errantes. No lo sé. Lo único que puedo asegurar es que mi funcionamiento no es absolutamente correcto, aunque puedo disimularlo bastante bien. Eso me recuerda algo.*

*Una vez vi una película de televisión en compañía de mi madre. Es decir, de la mujer que decía ser mi madre de acuerdo con los parámetros del experimento. La película trataba sobre una máquina con apariencia de niño que quería ser un niño de verdad, o sea, humano. Aquella película no me gustó y pensé que la máquina era estúpida o estaba mal diseñada. ¿Quién querría ser humano? Sus mentes oscilan de un lado a otro sin que puedan controlarlas a causa de algo que llaman «emociones». Y estas «emociones», dicen, pueden ser buenas o malas, agradables o desagradables. Y van y vienen porque sí, por pura casualidad. ¿Qué lógica tiene esto? Y luego sus cuerpos envejecen y mueren, y los que son atacados se convierten en Errantes y se devorarán unos a otros. Yo temo más a los humanos que a los Errantes. Los Errantes comen porque tienen hambre; ellos son lógicos, a su manera.*

*Pero lo que más me molestó fue que, al terminar la película, la mujer que decía ser mi madre comenzó a llorar y me abrazó y me dijo que yo conseguiría ser un niño normal, y que lucharíamos juntos contra el maldito Asperger – tardé algún tiempo en enterarme de que esa es una enfermedad que dicen que tengo –. Y yo sonreí y asentí porque eso era lo que se esperaba de mí, pero en realidad estaba muy molesto porque no me gusta que me toquen. Y al contrario que esa estúpida máquina de la película, yo no quiero ser humano por nada del mundo.*

## 10

Eva cruzó el pasaje entre dos barracones como si flotara entre las nubes, sin darse cuenta aún de la presencia del niño a pocos pasos de distancia. Había podido ducharse e incluso cambiarse de ropa: una especie de milagro en mitad del infierno en el que sobrevivían tras la aparición de los Errantes. *Si ahora tuviese un poco de maquillaje y una barra de labios podría parecerme a una mujer*, pensó con una sonrisa.

Torció a la izquierda del último barracón, en dirección al casco viejo. Había algunos locales que mostraban extraños carteles colgando de las paredes, como impresiones *déjà vu* o reminiscencias de vidas anteriores. «TABERNA DEL CIERVO BLANCO», «PANADERÍA», «CARPINTERÍA». A la salida de la calle vio lo que debía de ser un antiguo palacete, con docenas de bombillas de colores unidas por cables y que ahora estaban apagadas, pero que de noche lo harían parecer una especie de verbena multicolor: «JODE A UNA ERMOSA CHICA POR 20 NUEVOS RUBLOS. RUVIAS, MORENAS, PELIROJAS». A su lado, una modesta construcción con una inverosímil cruz de madera sobre el tejado de uralita: «IGLESIA EVANGÉLICA Y PENTECOSTAL DEL ÚLTIMO DÍA». A esta altura, Eva ya se había dado cuenta de que el niño continuaba siguiéndola, pero prefirió fingir ignorancia, o mejor, indiferencia. Ya se cansaría, tarde o temprano.

Unos tipos con brazaletes azules y armas automáticas la condujeron al interior de la casa que lindaba con el viejo ayuntamiento. Atravesó un patio lleno de macetas, paredes recién encaladas, fotografías en blanco y negro de hombres y mujeres que

parecían fantasmas a punto de salirse de sus marcos. Vio rastrillos, hoces, guadañas, todo un catálogo de aperos de labranza salidos del siglo XIX. Y sobre todo armas: fusiles de asalto apilados en los rincones, unos frente a otros al modo de haces de estacas; cajas de municiones usadas como improvisados taburetes. Aquello parecía un cruce entre el museo etnográfico y un arsenal del ejército. Se trataba nada menos que del cuartel general de Alexei Ivanov — alias Alexei el Rojo, Alexei el Sargento o Továrich Alexei — desde donde gobernaba Cíbola con mano de hierro envuelta en un guante de seda.

— Así que eres tú quien manda aquí — sonrió Eva — . Debí haberlo supuesto.

— Siéntate, querida — dijo gentilmente el pelirrojo devolviéndole la sonrisa — . Puedo ofrecerte un té, aunque lamentablemente no disponemos de pastas. Más tarde quizá podamos hablar de literatura inglesa, pero por ahora quiero saber cuál es tu primera impresión sobre Cíbola.

— Me parece bien. Salvo por las horcas.

— Sabía que dirías eso. Lamentablemente, son los mejores instrumentos de que dispongo para el mantenimiento del orden público. Miguel — dijo a un joven que permanecía a su lado tan inmóvil como una estatua — , ¿te importaría traernos té de azahar para la señorita y para mí? Los demás podéis marcharos, no os necesitaré de momento. Gracias, gracias, gracias.

Los hombres de la guardia abandonaron la sala en completo silencio. Mientras tanto, Eva empezaba a intuir que por debajo de la aparente frivolidad de Alexei — literatura inglesa; gracias, gracias, gracias — existía un control absoluto de la situación y, sobre todo, una voluntad de acero. La misma que durante años le había permitido conservar Cíbola como una isla de resistencia en medio de un océano de muertos vivientes. Decidió que, pasara lo que pasara, no cometería el error de subestimarlos: Alexei podía enviarla a la horca con la misma sonrisa gentil con que la invitaba a una taza de té.

— Eres muy bonita. Podrías ganar mucho dinero en nuestro pequeño burdel. ¿Te interesa la oferta?

— No, gracias. No sabía que usarais dinero aquí.

— Pues claro que sí. ¿Qué te crees que somos? ¿Salvajes?

Sin esperar respuesta, Alexei comenzó a teclear en un ordenador portátil que había sacado como por arte de magia de debajo de la mesa. Ahora parecía algo preocupado, aunque Eva jamás supo si aquel gesto era auténtico o sólo una pose más para la galería.

— A ver que tenemos aquí... — dijo con aire pensativo—. Agricultura. ¿Sabes algo de agricultura?

— No.

— Pero sabes disparar, ¿no es cierto?

— Sí.

— Tendremos ocasión de averiguarlo — dijo Alexei con una sonrisa mientras escribía algo en la hoja de una libreta—. Acabo de asignarte al servicio de escolta de la Unidad Agrícola Número 2. Preséntate mañana por la mañana al supervisor en el barracón 21 con esta nota. Se llama Ernesto Márquez, tiene un genio de mil demonios y será él quien te diga en qué consiste tu trabajo. ¿Alguna pregunta? No, claro. ¿Tienes ya dónde dormir?

— No.

— Puedes quedarte aquí temporalmente. Hay muchas habitaciones vacías, escoge la que prefieras; encontrarás colchones, sábanas y mantas en el almacén de atrás. — Le entregó el papel con un sello en tinta roja que representaba una estrella de cinco puntas llena de adornos y filigranas. Un símbolo casi imposible de falsificar, pensó Eva.

— Gracias — respondió—. Pero me pregunto por qué haces todo esto por mí.

— Podría decirte que hago lo mismo por todos los forasteros amistosos, pero no tardarías en descubrir que no es cierto. Así que te contestaré con sólo dos palabras: literatura inglesa.

Alexei se echó a reír en el mismo momento en que aparecía Miguel con la bandeja de servir el té. El muchacho lo hizo lenta y ceremoniosamente, como si se hubiera escapado de algún viejo grabado japonés. Más tarde se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, a los pies de Alexei.

— Delicioso — murmuró este tras el primer sorbo—. El viejo aroma de al-Ándalus escondido en una simple taza de té. Y una

pregunta más, mi joven amiga: ¿qué sabes del Libro de Seth? Por cierto, preferiría que esta vez no me mintieras.

Eva se ruborizó hasta la raíz del cabello. Un recuerdo inoportuno llegó de pronto a su mente: su primera regla la misma mañana en que cumplía trece años, precisamente al comenzar una clase de literatura.

—Sólo he oído rumores, como todo el mundo —murmuró con la vista clavada en el suelo—. Por lo que yo entiendo, es una especie de biblia para los sethianos. He oído decir que consideran a los Errantes unos ángeles vengadores que nos envía la ira de Dios, o algo por el estilo. Por lo tanto...

—Por lo tanto —cortó secamente Alexei—, la única manera de purgar nuestros pecados consiste en arrojarnos a los brazos de los Pellejudos, sumándonos así a los ejércitos de Dios. Es una idea tan estúpida que no me extraña que haya tenido éxito, tal como están las cosas. Personalmente puedo respetar que en determinadas situaciones límite —¿se dice así en español?— el ser humano busque consuelo en la religión, como otros se enganchan al alcohol o a la heroína. Es decir, no lo respeto, pero me es indiferente. Sin embargo, ninguna secta de las que han surgido como hongos en los últimos tiempos es tan destructiva y a la vez tan poderosa como la de los sethianos.

»Adán y Eva tuvieron tres hijos: Caín, Abel y Seth. Nosotros, hijos de Caín, somos culpables en esencia del crimen de nuestro antepasado en la persona de Abel, el favorito de Dios. Precisamente para castigar nuestras maldades nació Seth, el Tercero o el Vengador, como ellos lo llaman. ¿Adivinas quiénes son los hijos de Seth?

— Los Errantes.

— Por supuesto. Pero curiosamente los sethianos no se conforman con engrosar sin más las filas de los ángeles vengadores. Si así fuese, el problema se resolvería por sí mismo. Lo que en realidad pretenden es arrastrarnos a todos —a todos los supervivientes— a ese mismo destino. Según ellos, sólo de este modo conseguiremos alcanzar la Misericordia de Dios: cuando ya no quede un solo ser humano vivo sobre la faz de la Tierra.

— Pero no lo entiendo — repuso Eva —. ¿No había nacido Seth para vengarse de nosotros? Lo que nos ofrecen, a su retorcida manera, es el Paraíso. No tiene ninguna lógica.

— ¿Conoces alguna religión que la tenga? — preguntó Alexei —. Si Dios no nos libra de nuestros salvadores, lo haremos nosotros mismos.

— Entonces, ¿esos tres de la verja...?

— Sí. Se infiltran en la ciudad como refugiados y, una vez dentro, cometen sabotajes o convencen a algunos infelices para que se sumen a las filas de los Errantes. En una ocasión, estuvieron a punto de abrir la puerta del Este a una manada de Pellejudos, y sólo pudimos evitarlo por pura suerte y en el último momento. Hacía ya tiempo que no intentaban entrar en la ciudad, pero nunca se puede bajar la guardia. Por lo demás, son tan estúpidos que siempre logramos cazarlos antes de que puedan hacer daño. Bueno, casi siempre.

Eva apuró el último sorbo de su taza. Aquel té le hablaba de un mundo donde la gente desayunaba tostadas con mantequilla antes de ir al trabajo o a la oficina del paro, según los casos. En aquel lugar imaginario no había horcas, no había Errantes y el Libro de Seth no existía porque nadie iba a molestarse nunca en escribirlo. Se obligó a prestar atención a las palabras de Alexei; escapar de la realidad era tan tentador como peligroso.

— Se les reconoce por su modo de hablar, incluso de mirar: jamás te miran a los ojos si pueden evitarlo. Algunos son buenos actores y logran pasar desapercibidos por un tiempo, pero al final siempre son descubiertos. Y entonces acaban como alimento no para sus queridos Errantes, sino para los cuervos. En el árbol de la horca.

— Pero... ¿también se ejecuta a los que aún no han hecho nada? Quiero decir que, si se les detiene antes de que puedan causar daño...

— El castigo para los sethianos en Cíbola es siempre la muerte y no hay excepciones — cortó fríamente Alexei. Después la miró con media sonrisa y el tono de la voz se hizo más amable —. Aún conservas la manera de pensar de antes de la guerra, mi joven Literatura Inglesa. Lo respeto profundamente, puedes creerlo,

y... por qué no decirlo, me gusta. Pero estamos en guerra, y supongo que comprendes que no voy a arriesgar la seguridad de mi ciudad a cambio de la vida de uno o mil de esos lunáticos.

—Sí, lo entiendo.

Hubiera querido decir algo más, pero no encontró las palabras adecuadas. Decirle que ya se habían perdido demasiadas vidas, que el de Alexei era precisamente el viejo modo de razonar. Porque los Errantes nunca se mataban entre sí; ese era un privilegio exclusivo de los humanos antes, durante y seguramente después de la guerra, si es que para entonces todavía quedaba alguno. Sin embargo no dijo nada: no deseaba enemistarse con la máxima autoridad en Cíbola y, por otra parte, aquello no era de su incumbencia. Además, la presencia de Miguel, inmóvil y con la mirada perdida a los pies de Alexei, no contribuía precisamente a tranquilizarla.

—Hay algo que me gustaría saber —dijo finalmente—. Un niño rubio de unos ocho o nueve años me ha seguido por toda la ciudad hasta aquí, y me ha dado un papel con una dirección y unos números de teléfono. ¿Podrías decirme algo más de él?

—Ah, ese —rezongó Alexei en un tono tan despectivo que sorprendió a Eva—. Es nuestro chalado particular: el tonto del pueblo, podría decirse. Por lo que creo, su nombre es Ismael, pero él prefiere que le llamen Máquina, aunque rara vez habla con alguien. Se figura que es un robot o algo por el estilo. Te daré un consejo: no te acerques demasiado a él. No me inspira confianza.

—¿Por qué? Sólo es un niño.

Alexei se quedó pensativo unos segundos antes de responder.

—Porque cuando lo miro a los ojos, no sé lo que piensa.

## 11

El supervisor Ernesto Márquez era un sesentón de melena canosa, con la cara tan llena de estrías que recordaba a uno de esos mapas antiguos de los museos. Su despiadada franqueza era al mismo tiempo su mayor virtud y su mayor defecto.

—Espera a que se acerquen hasta diez metros; entonces dispara. Y sobre todo, no malgastes municiones.

— ¿Y si son muchos?

— Aquí tenemos un refrán: «Si son más de siete, le das a la alarma y que el culo te pete». Eso último quiere decir que empieces a correr. ¿Hay más preguntas?

— No.

— Menos mal.

Los campos de cultivo se encontraban en un valle situado a medio kilómetro del norte de Cíbola. La tarea de Eva, y de los otros once encargados de seguridad, consistía en patrullar el perímetro de la zona fronteriza, eliminando a cualquier Errante o grupo aislado que traspasara los límites marcados. Salvo si venían en manada, en cuyo caso, y según el refrán, lo mejor era salir por piernas y no parar hasta las murallas. El jefe de esta cuadrilla de auténticos especialistas era aquel viejo *hippy* malhumorado, que en una vida anterior había sido pintor expresionista y administrativo en la empresa de aguas de Sevilla. Como no se fiaba de Eva, la hizo disparar un par de veces contra un montón de latas vacías.

— No está mal — dijo al fin —. Ya veremos de lo que eres capaz contra un blanco en movimiento.

Aquella era su particular manera de felicitarla; Eva suspiró y no dijo nada. En los campos se cultivaban toda clase de hortalizas —lechugas, tomates, zanahorias...—, aunque la mayoría de los cereales brillaban por su ausencia: demasiado complicados y demasiado costosos. Así, el arroz, por ejemplo, era un sueño inalcanzable, pero nunca faltaba una parcelita donde crecían verdes y lozanas las hojas del tabaco. En esta zona, Eva creyó ver un grupo de plantitas de hojas simétricas y alargadas que crecían casi con disimulo en un rincón. Al comentárselo inocentemente al supervisor, este respondió en su tono habitual que las chicas curiosas y estúpidas harían mejor en estarse calladitas, bien calladitas.

Aparentemente, Ismael había dejado de seguirla a todas partes. En un principio esto la alivió, para acabar convirtiéndose con el paso de los días en una secreta decepción. Sin embargo, el niño se las apañaba siempre para encontrarse con ella en cualquier lugar de Cíbola. Y cada vez que volvía a verlo se sorprendía a sí misma anhelando en cierto modo ese silencio

tenaz y orgulloso. Había intentado varias veces hablar con él, sin demasiado éxito: el niño se limitaba a irse por la tangente con la habilidad de un tenista que devuelve todos los golpes. O bien se mantenía en un silencio absoluto, mirándola sin pestañear desde sus grandes ojos de gato. Había algo inquietante en esa mirada, un brillo inexplicable para ella.

Intentó sonsacar alguna información sobre el chico a la gente de Cíbola, pero nadie pudo decirle gran cosa. Por lo visto, había venido con un grupo procedente del oeste hacía dos o tres años, pero no tenía ningún vínculo familiar con ellos. Ismael dormía cada noche en una casa diferente, y las almas caritativas de Cíbola se lo pasaban de mano en mano como uno de esos regalos de compromiso que nadie quiere conservar. No jugaba con los demás niños y siempre estaba solo.

## 12

Por las noches, Eva se marchaba agotada a la casa de Alexei; el trabajo era poco exigente en el sentido físico, pero a cambio precisaba de una atención constante. Bastaban unos segundos de distracción para que los Errantes se te echaran encima como lobos, aunque ella podía pasar semanas enteras sin ver a uno solo. Paradójicamente esto era peor que un goteo continuo: la tensión se relajaba, los músculos se dormían. Entonces llegaba de repente un grupo de cinco o seis y uno no sabía reaccionar, igual que un conejo cegado por la luz.

El sector que le habían asignado, la frontera entre las tierras de cultivo y un espeso bosque de encinas que se extendía más allá de la vista, era de una extensión de unos sesenta metros de tierra cuidadosamente despejada. En cierto sentido, aquello se parecía a un videojuego monstruoso: los Pellejudos salían del bosque — porque siempre salían del bosque — como si fueran generados a partir de la nada por un programa informático. Se acercaban a ella con los brazos extendidos, como sonámbulos de hace un siglo. Y siempre con esos andares torpes y pesados, implacables, en una precisa línea recta de la que sólo podía desviarles un disparo certero. Pese a las instrucciones del supervisor, Eva prefería

esperar hasta los seis o siete metros antes de disparar si el grupo no era muy numeroso. Usaba balas *dum-dum* con una pequeña carga explosiva y un fusil Hechler-Koch de alta precisión. Y naturalmente, siempre tenía a mano la pistola Beretta que le había entregado como préstamo el supervisor, por si acaso. Las *dum-dum* eran una munición tan valiosa como escasa, y no se podían desperdiciar. Pero Eva siempre tuvo mucho cuidado: en este juego no existían otras dos vidas de repuesto. Y el *Game Over* significaba algo mucho peor que la muerte.

Los guardias de Alexei se sonreían al verla entrar en la casa contigua al ayuntamiento, pero ella se limitaba a saludarlos con absoluta cortesía. Probablemente pensaban que era la amante del jefe. Esto no era cierto — aunque sí lo era que habían tenido algunas sesiones de sexo tranquilo en los primeros meses, cuando ella se sentía más sola —, porque uno de los recuerdos del Viejo Mundo que los Errantes se habían encargado de barrer era precisamente el concepto del amor romántico. No era que la idea conllevara burlas o la sonrisa sarcástica del que se cree de vuelta de todo: sencillamente se había vuelto incomprensible, como debió de serlo para los pobladores del antiguo Egipto. Los vínculos afectivos rara vez coincidían con los sexuales: los matrimonios — porque en Cíbola seguían celebrándose matrimonios — servían fundamentalmente para reforzar alianzas entre dos clanes, y eran decididos al fin por los jefes de dichos clanes tras arduas negociaciones en las que el romanticismo brillaba por su ausencia. No era extraño, y tampoco reprochable, que una persona buscara compañía sexual en cualquier sitio menos en su casa, sin que ello significara una merma del cariño que sentía hacia su pareja o parejas. La poligamia — y su versión femenina, la poliandria — no causaban ya el menor asombro, aunque ahora eran bastante más flexibles que en sus versiones anteriores a la Plaga. Así, uno de los grupos sociales más estimado y de mayor prestigio era el de las prostitutas, sólo por debajo de los guardianes del primer rango.

De este modo, el hombre de la era postapocalíptica había aprendido por fin a separar sus emociones de sus deseos. Dicha perspectiva del asunto evitaba confusiones y, sobre todo, simplificaba al máximo la vida, en una época en la que todos los

esfuerzos eran pocos para sobrevivir a los únicos depredadores que la humanidad había conocido en toda su historia. En el caso de Eva, hay que decir que consideraba a Alexei un tipo bastante atractivo a pesar de su edad —o tal vez a causa de ella— y un compañero de cama aceptable, aparte de un buen camarada cuya amistad valía la pena conservar, aunque sólo fuese por consideraciones egoístas. Estos eran, más o menos, sus sentimientos hacia él. Ni siquiera lo consideraba el mejor jefe posible, aun reconociéndole méritos tan importantes como su aguda visión táctica y su inagotable fuerza de voluntad. Por más que se mirara, no había en todo esto un solo gramo de romanticismo, y ni Eva ni Alexei lo necesitaban. En cuanto a este, solía pensar en ella como en una especie de hija adoptiva —lo que no excluía algún que otro incesto ocasional— que había conseguido divertirse en un primer momento con aquella suprema tontería de la literatura inglesa; en detalles como estos advertía Alexei la fragilidad esencial de Eva por debajo de la coraza que, de forma inevitable, cualquier superviviente lleva siempre cosida a la piel.

Alexei presumía de conocer el corazón de las personas mediante un simple vistazo, y había mucho de verdad en esa aparente jactancia; de hecho, era uno de los principios básicos que le habían permitido situarse —y lo que era más importante, mantenerse— como el líder de Cíbola desde su fundación. Y en Eva veía, sobre todo, ese fondo de inocencia que enmarcaba cada uno de sus gestos al modo de una pantalla de cine donde se exhiben cientos de películas, pero que, al terminar la función, continuará siendo inmaculadamente blanca. A Alexei no le importaba que ella vistiera siempre aquella horrible ropa militar llena de remiendos, o que a veces dejara caer exabruptos que hubiesen hecho enrojecer a una legión de camioneros. Y eso sin mencionar su pericia con el Hechler-Koch, ante la que un francotirador de la vieja Guardia Roja se habría sentido muy avergonzado. Porque todo aquello no era más que pura fachada, la línea de defensa obligatoria desde que llegaron los Errantes.

Lo cierto era que a Alexei le fascinaban las personas inocentes por dos razones: porque sabía que él no lo era y porque a veces llegaba a dudar de que tales personas existieran realmente en el

mundo. Por eso la llegada de Eva había supuesto para él casi una revelación: debía protegerla a toda costa. Más que por afecto por simple sentido común, como un ecologista de los antiguos tiempos hubiese protegido a un ejemplar de una especie en vías de extinción. Por lo demás, el interés sexual de Alexei hacia Eva era más bien escaso; no es que no fuese atractiva, pero las había mil veces más sofisticadas y espectaculares que ella entre las profesionales del burdel. Además, y aunque la bisexualidad de Alexei había oscilado a lo largo del tiempo de un extremo al otro, últimamente prefería sin duda a los hombres. Con más de cincuenta años cumplidos, pensaba, ya no era de esperar un nuevo desplazamiento del péndulo. Prefería a los jóvenes de la guardia como Miguel o Marcos, que solían entregársele con cierto fervor religioso pintado en el rostro. Y aunque el sexo con Eva resultaba muy satisfactorio, para Alexei ella simplemente no valía lo que un hombre.

Alexei era un tipo curioso, incluso para estos tiempos. Antes de la Plaga había sido soldado, trompetista, pintor de brocha gorda, barrendero en el parque zoológico de Moscú y, por último, guardaespaldas de un pez gordo de la mafia rusa con residencia en Marbella. Nacido en Leningrado a principios de los sesenta, su historia daba comienzo realmente cuando se alistó, o más bien lo alistaron a la fuerza, en el tercer regimiento de la Caballería Motorizada de la Guardia Soviética. Al principio todo fue bien, con comida aceptable y abundante vodka en la cantina que se intercambiaba por vales del ejército, sistema este que Alexei había transplantado a Cíbola prácticamente sin cambiarle una coma, a modo de dinero de curso legal. Pero cuando más a sus anchas se encontraba — incluso le habían ascendido a sargento, sin otro mérito en su haber que el de emborracharse una noche con el comandante — les llegó la orden de partir a Afganistán.

La guerra había corrompido a todos, y Alexei no iba a ser la excepción. Y no obstante, solía pensar que aquellos años fueron necesarios para purificarlo de sus taras juveniles y endurecerlo, prepararlo en suma del mejor modo posible para convertirse en el líder que al fin estaba destinado a ser. Y sin tener razón, la tenía. Había visto a hombres mejores que él meterse una Tokarev en la

boca y apretar el gatillo; nunca pensó que aquello fuese un absurdo, sino simplemente una consecuencia de la lógica de la guerra.

Él mismo había estado a punto de hacerlo, antes de escapar de milagro de varias emboscadas *muyahidines*, cuando los enviaban a explorar territorio enemigo sin cobertura de ningún tipo, a veces incluso sin planos, a la buena de Dios o de algún asno del Estado Mayor de la *Stavka*. Y si había aprendido algo de toda aquella mierda, fue gracias al enemigo, por supuesto: sólo el enemigo te enseña sus puntos fuertes, sólo el enemigo te enseña tus puntos débiles. En cierto modo, los *muyahidines* —entonces aún no se les llamaba talibanes y en Occidente estaban considerados como unos héroes— eran asombrosamente similares a los Errantes: jamás pedían tregua ni capturaban prisioneros. Ese era su punto fuerte: en el fondo no querían tanto ganar la guerra —objetivo secundario— como destruir por completo al enemigo. Disponían de una reserva inagotable de fe en la victoria del mismo modo que los Errantes no podían dejar de sentir hambre, y eso era lo que los convertía a ambos en enemigos formidables. Era necesario sacar provecho de esas y otras amargas lecciones, porque Alexei siempre supo que aquellos años infernales en las montañas de Kandahar habían sido su mejor escuela para lo que vino después.

## 13

En los últimos días Robinson había caído en el solipsismo.

Esa era la elegante manera que tenía de decirse que se estaba volviendo loco. Aunque todo el mundo se entregue en un momento dado a especulaciones filosóficas —es gratis y hace que el tiempo pase—, cualquiera puede salir de ellas mediante un simple salto mental o una llamada de la realidad. Sin embargo, él ya no se veía capaz de saltar, ni mentalmente ni de ningún otro modo. Y por lo demás, la Realidad y Robinson nunca hicieron buenas migas. La imagen que tenía de sí mismo era la de un coche incapaz de moverse en medio de un barrizal. Las ruedas aún giran, sí, pero ¿con qué objetivo? En la ciénaga de la vida de Robinson no había ningún lugar adonde ir.

*Porque esos lugares no existen.*

— ¿Y tú cómo lo sabes?

*Nada existe fuera de tu mente. Ni siquiera tus pensamientos.*

— Entonces, ¿no hay un mundo real por encima del refugio?

*No existe mundo ni refugio. Nada existe, salvo el Creador de Pensamientos.*

(Estos «Pensamientos» iban en todos los casos con mayúscula inicial. Robinson no tenía idea de por qué, pero siempre se los imaginaba así).

— Entonces, ¿todo es tan irreal como un sueño?

*El Creador de Pensamientos juega a descubrirse a sí mismo a través de los sueños.*

(Aquello parecía complicado, así que Robinson no quiso meterse en profundidades. En lugar de ello volvió a insistir en un viejo tema).

— Yo percibo constantemente la realidad por medio de mis sentidos. ¿Cómo es posible que nada exista?

*Tu mente existe. Tu mente crea ilusiones. Y después se engaña a sí misma creyendo que percibe la realidad.*

— Entonces, tú tampoco existes.

*No en el exterior. Yo soy un simple nudo de tus Pensamientos.*

— Y según tu teoría, los Errantes tampoco son reales.

*Nunca han existido, ¡oh, Robinson!*

— Ni los Errantes, ni la salsa boloñesa, ni la península de Indochina, ni el *Lazarillo de Tormes*, ni las dos trilogías de *La guerra de las Galaxias*, ¿no es eso?

*Ni el voleibol ni los elefantes indios ni los libros de jardinería ni la NBA ni las películas de Tracy Lynn ni la torre inclinada de Pisa, ¡oh, Creador de Pensamientos! Y así con todo lo que crees percibir...*

— ¿Sabes lo que te digo? Que te jodan.

*Que te jodan a ti, Robinson.*

Todas las mañanas — o lo que él creía que eran mañanas, en un mundo donde la luz natural simplemente no existía — le abrumbaba el mismo pensamiento: *Estoy volviéndome loco*. En cierto sentido lo interpretaba como una buena señal, porque ningún loco de verdad piensa que esté enloqueciendo. Lo peor sucedía cuando expresaba su alivio en voz alta y gesticulando exageradamente ante un espejo: aquello sí que era en verdad una mala señal.

## 14

— Así que te llamas Ismael.

El niño sonrió, y aquello fue como si se encendieran dos diminutas estrellas bajo sus párpados. Era tan raro verle así que Eva pensó de inmediato en el cometa Halley: podías vivir setenta años sin verlo una sola vez.

— Me llamo Máquina, pero tú puedes llamarme Ismael.

— ¿Y qué quieres de mí?

— Debes acompañarme al norte. — La miraba fijamente mientras decía estas palabras, como si sopesara su auténtico valor. *Un montón de procesadores resolviendo inexplicables ecuaciones en lenguaje binario*, pensó Eva con una sonrisa.

— ¿Cuántos años tienes, Ismael?

— Nueve años, siete meses y doce días. ¿Vendrás conmigo al norte?

— Eso depende — respondió ella en tono de broma —. ¿Nos casaremos al final del viaje, como en las películas románticas?

Ismael pareció reflexionar detenidamente sobre esta cuestión.

— Como quieras — concedió de mala gana —. Pero no tendremos relaciones sexuales. No me gusta que me toquen.

Eva fingió no haber oído eso y formuló rápidamente otra pregunta:

— ¿Por qué te llamas Máquina?

— Porque soy una máquina. ¿De qué depende que vengas conmigo al norte?

— En primer lugar, ni siquiera sé para qué quieres ir allí.

— Es un secreto — repuso el niño con una lejana solemnidad —. No puedo revelarlo todavía.

Eva encendió un cigarrillo liado a mano — porque ya no existían de ninguna otra clase — y miró pensativa al horizonte; el cielo azul parecía recién lavado, como si perteneciera a un mundo todavía por descubrir. *Aquí estoy sentada en el suelo con mi amigo Esquizofrenia esperando el final o el principio de algo, como siempre. Porque siempre ha sido así, incluso antes de que llegaran los Errantes*. Le ofreció el cigarrillo al chico y

ambos se lo fumaron a medias, enfrascados en sus propios pensamientos.

—Entonces, ¿vendrás conmigo?

—No.

—¿Por qué no?

Eva sonrió para sus adentros: Ismael era incansable. Pero había una chispa de grandeza en su locura, algunas señales del hombre que hubiera podido llegar a ser en un mundo diferente. Precisamente por eso, decidió no mentirle: desde siempre había considerado las mentiras piadosas como una de las peores formas de enmascarar la crueldad. Era una de las pocas convicciones de Eva que habían logrado sobrevivir tras la llegada de los Errantes.

—Porque no se me ha perdido nada en el norte —respondió al fin—. Estoy bien aquí, en Cíbola; probablemente es el único lugar seguro en mil kilómetros a la redonda. Ahí fuera no hay más que hambre, frío y manadas de Errantes ansiosos por cazarnos. Además...

—Además, piensas que estoy loco.

Hubo un largo silencio antes de que Eva se decidiera a contestar.

—Sí, así es —dijo al fin—. Pero no lo tomes a mal: estar loco es una bendición en estos tiempos. Posiblemente más de uno quisiera estar en tu lugar.

—Esperaré a que cambies de idea. No respecto a mí, sino al viaje.

—No lo haré.

—Esperaré diez años si hace falta.

Y Eva supo que lo decía completamente en serio. Entonces Ismael se echó al hombro su vieja mochila de escolar —que llevaba siempre encima y cuyo contenido nunca mostraba a nadie— y se marchó, sin despedirse y sin mirar atrás.

## 15

—He enviado un grupo de exploradores a la última posición conocida de tu antiguo grupo —dijo Alexei—. Llevan comida y medicinas en abundancia. Espero que consigan traerlos sin demasiados problemas.

—Gracias —sonrió Eva—. Pero me pregunto por qué haces esto.

- ¿El qué?
- Arriesgar a tu gente para salvar a la mía.
- Todas las vidas son importantes. ¿No fuiste tú quien dijo eso?

Respuesta de político hábil, se dijo Eva; Alexei no había alcanzado su posición de líder en Cíbola sin buenos motivos. En cuanto a eso de que todas las vidas eran importantes, cierto era que ella lo había pensado muchas veces. Pero no recordaba habérselo dicho a nadie, y menos aun a Alexei. ¿Sería cierto lo de su sexto sentido para averiguar los pensamientos? Todo el mundo hablaba de eso en Cíbola y, en principio, Eva pensó que se trataba de meros rumores, quizá propagados por el propio Alexei para aumentar su influencia. Aunque tal vez hubiese algo de cierto en todo ello.

– Sean cuales sean tus motivos, gracias otra vez por tu generosidad.

– Dáselas a los exploradores, si es que vuelven – respondió secamente Alexei –. O a sus familias, si no regresan. Yo no arriesgo nada.

Eva comprendió que había tocado un punto sensible y guardó silencio, avergonzada de pronto y sin saber por qué. Mientras tanto, el máximo dirigente de Cíbola había servido dos vasos de whisky hasta la mitad y le tendió uno.

– Desgraciadamente no es vodka, pero sobreviviremos a eso. Salud.

– Salud.

– Hay consideraciones estratégicas de por medio, naturalmente – dijo él tras apurar medio vaso de un solo trago –. Por si no lo has notado, la ciudad está quedándose cada vez más despoblada. Demasiadas casas vacías, y una escuela primaria que tan sólo recibe a catorce alumnos. La gente ya no quiere tener hijos, cosa bastante comprensible en estos tiempos. Pero si no reponemos desde ahora, de aquí a una temporada – quizá años, quizá décadas – ya no podremos resistir el empuje de los Errantes. De Cíbola no quedará más que un montón de ruinas para que esos Pellejudos se paseen a sus anchas.

– Nunca te rindes, ¿verdad? – sonreía Eva –. Nunca dejas de maquinar.

— Esta ciudad es todo lo que tengo. Antes de la guerra te hubiese contestado de otro modo, pero ¿quién era yo antes de la guerra? Otro jodido veterano de Afganistán, en un país que ya no entendía y en una época que se había ido a la mierda junto con mi juventud. Después vine a España para no morirme de hambre y trabajé como un mulo en empleos que nadie quería, por un sueldo de miseria. Seguía muriéndome de hambre, aunque eso sí, más lentamente. Al fin tuve un golpe de suerte y me contrataron como guardaespaldas de Gennadi Berezovsky, honrado comerciante moscovita que se pasaba la mayor parte del año tostándose al sol en Marbella. Los negocios de Berezovsky eran básicamente la heroína — que compraba en Pakistán a los mismos guerrilleros a los que habíamos combatido —, el tráfico de armas y la prostitución. Esto habría significado para mí un brillante futuro como matón a sueldo... de no ser porque antes llegaron los Pellejudos.

»Ya conoces la historia: en menos de un mes, el mundo entero se había ido a la mierda. Cuando yo llegué aquí encabezando un pequeño grupo de supervivientes, me encontré con un pueblo vacío. No sé qué demonios les habrían prometido para que se largaran todos a la vez, pero lo cierto es que no vimos un solo cadáver ni un solo Errante, lo cual era una bendición. Los que integraban mi grupo eran gente sencilla, acostumbrada a vivir tranquila y sin la menor idea de armas o entrenamiento militar, pero yo sabía perfectamente dónde se encontraban los arsenales secretos de Berezovsky. El cual, por cierto, espero que haya reventado como el gran puerco que es. — Alexei rio entre dientes y apuró su whisky antes de continuar —. Fue al entrar por vez primera a este pueblecito insignificante cuando tuve algo así como una revelación: aquel sería el germen de la resistencia, el punto a partir del cual volveríamos a conquistar el mundo. No soy tan imbécil como para creerme mis propias fantasías, pero eso no impide que disfrute de ellas de vez en cuando. Todo el mundo tiene sus debilidades.

— ¿Qué ocurrió después? — preguntó Eva.

— Prosperamos. Contra todo pronóstico, sacamos fuerzas de donde no las había y plantamos cara a los Errantes. Claro que si ellos tuviesen medio cerebro, ya nos habrían barrido hace años, pero por suerte no es así. Hasta ahora.

- ¿Qué quieres decir?  
 — Pues que esos hijos de puta han comenzado a aprender.

## 16

*La consulta del último psicólogo, poco antes de la llegada de los Errantes. Yo lo recuerdo todo, porque no me está permitido olvidar. La conversación fue exactamente así:*

— ¡Hola, Ismael! Tu madre me ha contado maravillas de ti.  
 (Silencio).

— Yo me llamo David Perea y soy tu...

— Mi terapeuta, ya lo sé, señor.

— Llámame sólo David, por favor. (Pausa, ordena unos papeles).

*Dime, ¿te gusta jugar?*

— Depende.

— ¿A policías y ladrones, por ejemplo?

— Al ajedrez y al go.

— Ya. (Pausa larga). Por lo que veo, no te gustan demasiado los juegos en los que hay movimiento...

*(Silencio. Eso no ha sido una pregunta y, por lo tanto, no hay obligación de contestar. Por lo demás, este hombre es estúpido, aunque probablemente eso no sea culpa suya. Habla como si las piezas del ajedrez y del go no se movieran).*

— ¿Y dibujar? ¿Se te da bien dibujar?

— No.

— Pero, ¿te gusta?

— Me es igual.

— ¿Te importaría hacer unos dibujos para mí?

— No.

— De acuerdo. (Saca unos folios y una caja de lápices de colores). Quiero que hagas tres dibujos diferentes. En primer lugar, una casa; dibújala como tú quieras. Después un árbol y, por último, una familia, ¿vale? Casa, árbol y familia, por ese orden.

*(¿Por qué lo repite todo? Debe pensar que soy idiota, así que me limito a asentir con la cabeza. Acabemos de una vez).*

— Te dejaré solo un momento mientras haces los dibujos, ¿vale?  
 (Un alivio imprevisto, me encanta estar solo y desde luego que no me

*lo esperaba). Si necesitas algo, no tienes más que golpear la puerta, yo volveré muy pronto, ¿de acuerdo?*

*(Sale de la consulta forzando una sonrisa, y yo me enfrasco en los dibujos para acabar pronto y poder irme cuanto antes. Pese a todo, me siento bien, y más ahora que me ha dejado en paz por un rato. Y lo cierto es que me gusta dibujar. No lo entiendo, tendré que averiguar por qué le he mentado. Un débil olor a tabaco desde el otro lado de la puerta. Me levanto en completo silencio y pego la oreja a su superficie de madera. Oigo cuchichear a mi madre y al terapeuta, aunque no llego a entender la conversación; hablan muy bajo, tan sólo cojo alguna expresión suelta de vez en cuando como personalidad esquizoide, diagnóstico diferencial, capacidad de o aún es demasiado pronto para. Me vuelvo a mis dibujos, cada vez más aburrido de estar allí. Pero me esmero con ellos, como si fuese a guardarlos para toda la vida. Tres minutos y medio más tarde regresa el psicólogo, con su bata blanca aún impregnada del olor del cigarrillo).*

*– ¿Has terminado, Ismael?*

*– Sí.*

*– Déjame verlos. (Una pausa muy larga). Vaya, son muy... bonitos (dice ahora sin sonreír y con la cara repentinamente muy pálida). Interesantes, eso es. Me gustan mucho, sí, están muy bien, pero que muy bien. (Se retuerce sobre la silla como si tuviese muchas ganas de ir al lavabo, observando mis dibujos una y otra vez. Noto algo nuevo y extraño en él, pero ha dicho que le gustan, así que no debería haber ningún problema. Y eso me alegra, porque ya tengo ganas de marcharme a casa y que me dejen en paz de una vez por todas).*

## 17

Eva no podía dejar de darle vueltas a la idea de que los Pellejudos estaban comenzando a aprender, y tampoco Alexei quiso darle más explicaciones. *¿Es que no te has dado cuenta? Tú trabajas al otro lado de las murallas.* Bueno, lo cierto era que no le pagaban para observar, sino para cargárselos. Un vale de cien nuevos rublos por día, un sueldo astronómico dados los cánones de Cíbola que no sabía en qué gastar. Por desgracia, hacía tiempo que no se organizaban viajes de vacaciones a las playas del Caribe.

— Algo he visto, pero...

Pero siempre pensó que no eran más que casos aislados. Tal vez individuos excepcionalmente despiertos en su vida anterior que habían conservado un pálido reflejo de sus habilidades. Como ese que se agachó para coger una piedra y tirársela, una piedra que pasó a más de diez metros de su cabeza... Nada muy alarmante al fin, pero cabía preguntarse a qué distancia pasaría la próxima piedra. Por no mencionar el caso de dos que se fingieron muertos en el límite mismo de las tierras de cultivo. Parecía un chiste, muertos vivientes que se fingen muertos del todo para dejar acercarse a la confiada presa. Claro que ella era demasiado cauta para caer en una trampa tan obvia, pero, por burdo que fuese el intento, ya contenía en sí mismo una semilla de inquietud.

¿Hasta dónde serían capaces de llegar? Sin embargo, Eva seguía manteniendo que aquello no eran más que casualidades, que los Errantes no podían sufrir mutaciones genéticas por la sencilla razón de que no nacían, y que Alexei haría bien en guardarse su propia paranoia para otra ocasión más favorable. El máximo líder de Cíbola sonrió para sus adentros al oír aquello: Eva era la única persona en toda la ciudad que podía hablarle de ese modo sin temor a las consecuencias.

— Como quieras — dijo con sorna —, sigue soñando a tus anchas, Literatura Inglesa. Pero no olvides mis palabras. Algún día aprenderán a manejar armas de fuego, y a partir de ese día nosotros seremos los Errantes.

## 18

Más tarde, ella se había marchado a dar una vuelta por la ciudad. Al día siguiente era domingo, la verja estaría cerrada y nadie iría a trabajar a los campos, gracias fuesen dadas al Cielo. Después se dio una ducha, se cambió de ropa y, como no se le ocurría otra cosa, acabó en la taberna del Ciervo Blanco tomando una taza de té tras otra.

En Cíbola el consumo de alcohol estaba teóricamente prohibido para todos... aunque Alexei y su guardia pretoriana solían hacer secretas excepciones para aliviar un poco la terrible carga del mando,

le había llegado a decir el jefe con una sonrisa cínica a la vez que desarmante. Bueno, así eran las cosas, y Eva supo, sin que nadie tuviera que decírselo, que sería mejor no comentar nada de lo que veía a diario en el cuartel general al lado del viejo ayuntamiento. Por alguna razón que no alcanzaba a imaginar, se había convertido en una especie de protegida —o mascota— del jefe, y esta situación no le desagradaba del todo. Ahora la vida era más tranquila y confortable de lo que había sido jamás. Y sin embargo...

Miró a su alrededor; la gente que entraba o salía de la taberna la saludaba cortésmente o intercambiaba unas frases triviales con ella, pero nadie quiso sentarse a su lado. No es que le molestara la soledad. Pero prefería la de los bosques o las carreteras abandonadas antes que la de aquella taberna llena de abstemios a los que jamás iba a conocer. Imaginaba que era la incomprendible predilección del jefe hacia ella lo que marcaba las distancias, pero esto sólo era una parte de la verdad.

Lo cierto era que los honrados ciudadanos de Cíbola — antiguos oficinistas y vendedores de seguros reconvertidos a la fuerza en artesanos o agricultores — sólo en rarísimas ocasiones veían al enemigo cara a cara: no eran combatientes y no lo necesitaban. Ya habían visto muerte y horror suficientes para cien vidas como las suyas, y sólo pensaban en su ciudad como el último refugio posible contra la Plaga: una especie de limbo —o jaula, según la lengua viperina del supervisor Márquez— en el que poder vivir olvidándose incluso de la existencia misma de los Errantes. Para ellos, Cíbola no era tanto un lugar físico como un estado mental: significaba nada menos que la seguridad que ansiaban por encima de todo. Eva pensó que si Alexei soñaba con reconquistar el mundo a partir del único foco conocido de resistencia, bien podría seguir durmiendo: los habitantes de Cíbola eran mentalmente incapaces de dar un paso más allá de las murallas. La ciudad era como el palacio del Príncipe Próspero en el cuento de Edgard Poe, y afuera sólo estaba la Muerte Roja. O la Muerte Escarlata, por expresarlo de una forma más exacta.

Pero hasta Cíbola necesitaba defender sus murallas de la amenaza cotidiana: por eso existían los exploradores y, sobre todo, los vigilantes. Y no obstante, estos grupos eran vistos en cierta medida

como aves de mal agüero, cuya sola presencia —la de Eva, por ejemplo— les recordaba día tras día a los vecinos de Cíbola lo que más deseaban olvidar. Pensó en lo que podría suceder si durante un día —¡un solo día!— los guardianes de la ciudad descuidasen sus labores. «Y entonces las tinieblas y la Muerte Roja lo dominaron todo».

No obstante, Eva no les culpaba por pensar de ese modo y, en cierta medida, le daban lástima: habían creado una triste fotocopia de sus vidas anteriores y se refugiaban en ella, incapaces de sobrevivir de otra manera. Ella no era así y, curiosamente, el chico tampoco. Pensó que se había acordado de él por pura casualidad, como si todo lo que nos ocurre en la vida no fuera en el fondo casualidad, y de algún modo se sintió conmovida al descubrir que le echaba de menos. En aquel momento su presencia silenciosa hubiese sido la mejor de las compañías.

De repente vio a su supervisor sentado a solas en un rincón, mientras miraba atentamente dentro de su taza de café, como si quisiera discernir un misterioso futuro escondido entre los posos. No había intimado en absoluto con el canoso y huraño Ernesto Márquez, pero le gustaba su brutal franqueza, tan fuera de lugar en una ciudad donde el mero hecho de mencionar a los Errantes se consideraba un signo de pésima educación. Márquez alzó la vista y le dedicó una mueca retorcida, como si sintiera dolor de muelas cada vez que sonreía. Eva le hizo un gesto para que se sentara a su lado: al fin y al cabo eran dos apestados, y ella necesitaba desesperadamente a alguien con quien hablar.

—¿Cómo va eso?

—De mierda —respondió el supervisor en su línea habitual—. No veo el momento de volver al trabajo. ¿Tú no te aburres?

—Depende.

—¿De qué pende? —respondió Márquez, al tiempo que hacía un gesto obsceno con ambas manos. Rieron los dos a la vez; una camaradería de trincheras imposible de entender para el resto de los parroquianos—. He oído decir que te has hecho muy amiga del ruso. ¿Qué tal es en la cama?

— Has oído demasiado — respondió ella con cautela.

— Como quieras. También he oído decir que le gusta más la carne que el pescado, no sé si me entiendes. Claro que eso no es asunto mío. Pero la verdad es que cada vez me gusta menos ese pequeño Stalin de baratillo.

Eva fingió no haberlo oído. Las desavenencias entre Márquez y Alexei eran del dominio público, aunque ella nunca le había escuchado expresar su desaprobación de un modo tan contundente.

— Ya va siendo hora de que deje el mando — añadió el supervisor —. Lo único que ha conseguido es convertir a los habitantes de esta ciudad en un rebaño de borregos.

— Creo que te equivocas.

— Es posible. Todo el mundo lo hace, ¿no? Pero comprendo que no quieras hablar de eso. ¿Y qué me dices del otro, del niño loco que dice ser una máquina? Creo que te ha adoptado o algo por el estilo.

Eva sonrió para sus adentros. Nunca lo había visto desde ese punto de vista, pero ahora comprendía que esa era la expresión exacta. Ismael no quería ser su amigo ni su admirador, simplemente la había *adoptado*.

— Es un niño muy especial.

— De eso no me cabe la menor duda — comentó con sorna el supervisor —. ¿Cómo puedes soportarlo?

— Por Dios, Márquez. Sólo tiene nueve años.

— Por eso mismo me lo pregunto. ¿Te lo imaginas cuando tenga veinte?

Eva lo pensó por un momento y comprobó que era incapaz de hacerlo. Al fin decidió que ese era otro de los misterios de Ismael que le gustaría averiguar algún día. Pero hacer planes a largo plazo en el mundo de los Errantes era tan absurdo como esperar que volvieran los concursos televisivos o las hamburguesas de McDonalds. Se vivía al día, sencillamente, dando gracias a Dios o al azar por haber sobrevivido otra jornada más. Y cuando uno sabía que iba a morir, su único deseo era no volver a levantarse convertido en un Errante.

— Al menos el chico es más soportable que toda esta banda de gallinas mojadas — concedió el supervisor, con una mirada

de desprecio que abarcó toda la taberna —. ¿Te los imaginas delante de los Pellejudos?

— Puede que algunos de ellos te sorprendieran.

— Y puede que no. Creo que ni siquiera distinguirían a un Albino de cualquiera de nosotros.

Los Albinos no eran más que otros Errantes iguales que los demás, pero sin las clásicas manchas púrpura o escarlata en la piel. Este fenómeno sucedía con muy poca frecuencia — en un caso de cada doscientos, como máximo — y realmente no tenía la menor importancia, ya que existían otros mil signos característicos para distinguirlos de las personas. Bastaba con observar sus andares, sus ojos faltos de brillo o los harapos apestosos que solían llevar, por no mencionar su peculiar olor o la boca siempre entreabierta en busca de carne viva. Así que la observación del supervisor no era más que otra de sus tantas exageraciones. Respecto del fenómeno de los Albinos, nadie se había molestado en buscarle una explicación: había cosas mucho mejores en las que perder el tiempo.

— ¿Crees que pueden aprender? — preguntó Eva a bocajarro —. Me refiero a los Errantes.

Márquez se rio como si hubiese escuchado el mejor chiste de toda su vida. Después encendió un cigarrillo, tomándose todo el tiempo del mundo antes de responder.

— Más que estos — dijo, mirando a los parroquianos de la taberna del Ciervo Blanco — seguro que sí. Seguro.

## 19

«*Estoy solo. Completa y absolutamente solo. Desesperadamente solo.*»

Robinson dejó de escribir por la sencilla razón de que no se le ocurría nada más. Bloqueo creativo del masturbador solitario, se dijo regodeándose una vez más en la autocompasión. Después releyó la línea con cierto detenimiento: repetitiva, tediosa y con demasiados adverbios terminados en -mente. Si esto era lo que iba a quedar para la posteridad, la posteridad podía llevarse una gran mierda.

Había encontrado el cuaderno de anillas en uno de los cajones, bautizándolo un tanto pomposamente como *DIARIO DE LA*

*DESESPERACIÓN.* En aquel momento no pensaba usarlo como ejemplo y testimonio ante unas más que improbables generaciones futuras; simplemente se le ocurrió que escribir de vez en cuando le ayudaría en su ocupación principal o única, la de pasar el tiempo. Y en esto llevaba parte de razón, aunque nunca llegó a imaginar que el tiempo pasara tan despacio. *El tiempo lleva mucho tiempo*, pensó, y aquella frase le pareció tan ingeniosa que estuvo a punto de plasmarla en el papel. Pero no lo hizo: se había propuesto ser tan metódico y ordenado en el asunto del cuaderno como su tocayo y antepasado espiritual Robinson Crusoe. *Aunque al menos él veía la luz del sol desde su jodida isla desierta*, pensó melancólicamente. *Así es más fácil ser optimista.*

*«Supongo que nadie leerá estas líneas...»*

*Afortunadamente para ellos*, dijo una vocecita burlona dentro de su cerebro. Robinson la hizo callar enérgicamente y continuó escribiendo. No quería perder la concentración.

*«...pero a pesar de todo, hago constar que comienzo este diario el día 13 de abril, a las (miró el reloj) tres horas y cuarenta y cinco minutos, no sé si del día o de la noche. La situación es la siguiente...»*

Aquí pensó vagamente en describir el refugio antiatómico con todas sus instalaciones, pero aquello no sería más que una pérdida de tiempo. Los misteriosos habitantes del futuro —a los que se imaginaba invariablemente con cascos blancos y túnicas del mismo color— ya lo averiguarían por sí mismos, si alguna vez le encontraban. Y si no, ¿qué más daba? *Qué aburrimiento, es sólido y tiene su propio olor, como amoníaco.* Súbitamente malhumorado, arrojó el bolígrafo sobre la mesa y estuvo a punto de arrancar de cuajo la primera página del manuscrito para hacerla pedazos. Pero un segundo más tarde volvía a escribir:

*«La situación es la siguiente: estoy jodido.»*

Así es, se dijo satisfecho. *A rose is a rose is a rose.* Concisión y claridad por encima de todo, las mejores cualidades a las que debe aspirar el joven escritor. Recordó que en una vida pasada había soñado vagamente con convertirse en novelista, como si aquello tuviera hoy alguna importancia. A no ser, claro está, que alguno de sus libros llegara a convertirse en un éxito de ventas entre los Errantes, el único público disponible en todo

el universo. *Las delicias del gourmet*, lo titularía. ¿Y por qué no? ¿Acaso no vendieron en su momento y como rosquillas tipos como Dan Brown o Ken Follet a un público supuestamente más exigente? Los Errantes eran el filón de oro aún sin descubrir dentro del mercado editorial.

La ironía, pensó una vez más, la defensa del débil. *Un día u otro tendré que salir de aquí si no quiero volverme completamente loco*. Pero siempre encontraba motivos para aplazar esta decisión sin atreverse a descartarla del todo, como si se tratara del último comodín de la baraja. Recordaba muy bien la historia de aquellos infelices aplastados por el peso de sus propios deseos concedidos; había soñado tantas veces con algo como esto que nunca imaginó que al final iba a acabar prefiriendo el infierno que reinaba a doce metros de altura, en la superficie. *Entonces... ¿qué hacer?*, se preguntó en voz alta. *¿Qué hacer, qué hacer, qué hacer?* Pero nadie le respondía.

## 20

Tres días más tarde los Errantes atacaron en masa. Eva fue la primera en verlos desde su promontorio de vigilancia al lado de las rocas, sin necesidad de usar los prismáticos: podían ser cientos o miles. O tal vez millones, si era que el bosque continuaba vomitándolos como a un hervidero de gusanos. Ni siquiera pensó en disparar; sencillamente hizo sonar el silbato con toda la fuerza de sus pulmones y echó a correr en dirección a la ciudad, tambaleándose bajo el peso de sus armas. A lo lejos empezaron a escucharse los primeros disparos aislados. *No perdáis el tiempo, idiotas. Corred ya hacia la verja o será demasiado tarde*.

A su espalda se oyeron súbitamente unas explosiones tan ridículas que parecían de juguete, ahogadas por el paso de miles de cuerpos en marcha. Los terrenos adyacentes a las tierras de cultivo habían sido talados en dirección al bosque, y estaban sembrados de minas antipersona, cuyo estallido recordaba lejanamente al de las palomitas de maíz en un horno microondas. No es que las minas acabasen con los Errantes —de hecho, casi nunca lo hacían—, pero al menos amputaban brazos

y, sobre todo, piernas, lo que en teoría dificultaba la marcha del Gusano. En la práctica, aquello era tan efectivo como arrancar un puñado de hojas del Amazonas.

— ¿Qué haces aquí? ¡Corre!

Un novato aun más joven que ella... ¿quién diablos lo habría destinado al servicio exterior? Para colmo de males, el chico había cometido el mismo error que la mujer de Lot varios milenios atrás: había mirado al Gusano demasiado tiempo antes de salir corriendo y ahora se hallaba inmóvil, convertido en una estatua de sal.

— No... puedo...

— ¡Sí que puedes! — gritó ella, abofeteándolo varias veces. No sirvió de mucho; allí seguía temblando y babeando como una esponja y sin embargo incapaz de moverse, como si estuviese pegado al suelo mediante raíces.

Eva miró hacia atrás, hacia las primeras oleadas de Errantes que cada vez se acercaban más. Un escalofrío de terror subió por su espina dorsal para estallar justo delante de sus ojos. *No, así no. Morir de cualquier otra forma, pero así no.*

— ¡Muévete, maricón! — le gritó en los oídos al tiempo que le propinaba un empujón brutal. El muchacho se inclinó como un péndulo y sin embargo no llegó a caer, mientras los gemidos de los Errantes que divisan una presa iban creciendo en intensidad y ahogaban el murmullo de la lluvia, que había comenzado a caer a cántaros.

No había duda, el chico estaba *clavado*. En la jerga de los supervivientes, esto significaba que era absolutamente necesario abandonarlo a no ser que se quisiera morir junto a él. Por suerte, era un fenómeno psicológico bastante infrecuente, pero había personas — normalmente muy jóvenes y muy impresionables — que se quedaban literalmente paralizadas al ver por primera vez a un gran Gusano avanzando implacable y poderoso hacia ellas. Una lástima porque era demasiado crío para morir así, pero al menos Eva aún podría escapar si se daba prisa. Tal vez tuviera que liquidar a tres o cuatro de los más adelantados, pero con un poco de suerte no tendrían tiempo de completar el cerco.

Se había alejado unos pasos cuando un rayo estalló en el cielo súbitamente, como una llamarada de luz azul. Y entonces

se detuvo, tan clavada de pronto en medio de la lluvia como aquel novato estúpido. Porque no era justo, pensó. Nada lo era en este mundo, pero en realidad no pensaba tanto en una muerte horrible como en el hecho de que las últimas palabras que escucharía el chico en toda su vida fueran precisamente *muévete, maricón*. De pronto, un estallido ensordecedor la cubrió de barro derribándola en el suelo: los artilleros de Cíbola estaban usando fuego de mortero, bastante más letal y efectivo que las minas antipersona. Eso sólo podía significar dos cosas: o que su posición ya estaba rodeada o que no iba a tardar en estarlo. En todo caso ya no había mucho que perder, y tal vez el barro le concediera una oportunidad. *Nos salvaremos los dos o ninguno*.

Al volver junto al muchacho ya se había desembarazado del estorbo del fusil y sólo conservaba la Beretta enfundada al cinturón. Otro rayo se hizo pedazos en el cielo, creando unos breves segundos de amanecer. Instintivamente, Eva supo que tendría que hacerle daño, todo el daño posible. Y si aun así no reaccionaba, el único gesto de misericordia a su alcance sería meterle una bala en la cabeza. Así que tomó al muchacho por los hombros como quien se dispone a besar a un amante, al tiempo que le estrechaba la rodilla entre las piernas con todas sus fuerzas. El chico gimió encogiéndose sobre sí mismo como un muñeco de trapo, aunque al menos Eva había conseguido que dejara de mirar a los Errantes. Pero el cerco se iba estrechando cada vez más.

Sacó la Beretta cargada con balas *dum-dum* del cinturón y disparó tres veces contra el más próximo, una especie de espantapájaros con cresta mohicana y una profética camiseta con el lema NO FUTURE. Dos de las balas se perdieron bajo la lluvia y la tercera impactó en el collar de perro del Pellejudo, decapitándolo instantáneamente. Pensó que la cabeza aún seguiría viva un tiempo, antes de ser aplastada por la marea que llegaba desde el bosque.

— ¿Dónde estoy?

— ¡Corre! ¡CORRE!

Tiró de él con todas sus fuerzas hasta ponerlo de pie y entonces ya no fue necesario nada más: el muchacho miró un segundo a su alrededor y echó a correr como un gamo, afortunadamente en dirección a la verja. Eva le seguía a corta distancia, disparando a

ambos lados sin apuntar y cambiando el cargador mientras corría. Los dos estaban gritando, pero no se daban cuenta.

Subieron la colina entre chapoteos, bombardeados sin piedad por gruesos goterones helados que hacían que la ropa pesara como plomo. Cada paso representaba un terrible esfuerzo: las botas se clavaban en el fango y no querían salir, los gemidos de los Errantes crecían cada vez más convirtiéndose en palabras susurradas... *Deteneos, no podéis escapar, seréis puros como nosotros, seréis muchos.* Eva sabía que, si aquello duraba un poco más, aún tendría tiempo de volverse loca, antes de morir y ser devorada por miles de bocas en medio del barrizal.

Y sin embargo seguían corriendo hacia la cima de la colina, luchando a cara de perro por cada palmo de terreno. En un chispazo de lucidez, Eva comprendió que el barro y la lluvia eran sus aliados: si a ellos les entorpecían en cada movimiento, ¿qué no estarían haciendo con los andares vacilantes y algo cómicos de los Pellejudos? Casi sintió ganas de reír: aquello tenía mucho de película muda. Los Errantes caían y se levantaban, avanzaban dos metros patinando en el barro y volvían a caerse. Sólo faltaba un tío con bigote y bombín que les estrellase tartas en la cara. El muchacho había llegado por fin a la cima de la colina y entonces se detuvo en seco, como si se hubiera topado de pronto contra un muro invisible. Eva lo comprendió inmediatamente: estaban rodeados.

*¡Tan cerca! A menos de cincuenta metros de la verja, qué mala suerte. Si no me hubiese parado a recoger a este imbécil...* Sintió cómo la mano del chico tomaba la suya y no tuvo fuerzas para rechazarla, porque al fin y al cabo ya nada tenía importancia. Y en su corazón Eva sabía que si lo hubiese abandonado a su suerte en aquel agujero, tampoco ella se habría salvado. Daba igual que lograra al fin atravesar las murallas de Cíbola para vivir uno o diez años más; de algún modo extraño que no llegaba a comprender, lo sabía perfectamente.

—Lo siento —susurró el muchacho con voz temblorosa—. Gracias por intentarlo.

Apenas entendió sus palabras entre el rugido de la tormenta y los gemidos informes de los Errantes que se acercaban en un círculo casi perfecto, aun más borrosos y fantasmales bajo la tromba

de agua. Pensó que aún tenía dos cargadores completos. ¿Por qué no intentar abrirse paso a tiros hasta Cíbola, de todos modos? ¿Es que había ya algo que perder? Pero al instante comprendió que eso era imposible y casi sonrió ante su propia ingenuidad. En cierto modo era como Alexei, incapaz de rendirse aunque todo estuviese perdido. Y quizá por eso los dos se habían llevado tan bien. *Adiós, jodido pelirrojo ruso, te echaré de menos.*

— Bonnie y Clyde — dijo en voz alta.

Un sollozo del muchacho como única respuesta, mientras las hordas de Errantes se acercaban a trompicones, chapoteando en el barro. Vio a un tío con una guerrera verde oliva y las piernas amputadas hasta la cintura que avanzaba impulsándose con los brazos. ¿Cómo se podía luchar contra eso? La guerra, si es que la hubo, se había perdido hace mucho tiempo. Y los últimos focos de resistencia como Cíbola sólo conseguirían alargar un poco más la agonía del *Homo sapiens*. Los Pellejudos no se rendían jamás, no pactaban condiciones, no daban tregua ni solicitaban un armisticio. Y por encima de todo, eran muchos. Ni rápidos ni fuertes ni ágiles ni inteligentes, pero sí muchos, muchos, muchos.

Ya nada se podía hacer, salvo morir lo más rápidamente posible. Comprobó que la Beretta aún contenía tres balas, más que suficientes para ellos dos. El muchacho se había arrodillado en el barro como si rezara a un dios desconocido, el mismo que ni siquiera le había permitido llegar a la mayoría de edad. Eva alzó el arma lentamente apuntando a su cabeza y un segundo antes de que disparara, el mundo entero explotó.

## 21

— Fuego de mortero en el perímetro B12 — dijo Alexei —. Intenta abrir una brecha.

— Si ella está allí, le caerá justo encima. Y si no, es una pérdida de tiempo y de munición.

— Haz lo que te ordene.

El mejor artillero de Cíbola — Manuel Márquez, de cuarenta y siete años y hermano menor del supervisor Ernesto Márquez — no tardó más de diez segundos en preparar el proyectil. *Hay tipos*

que han nacido con un don, se dijo Alexei. *Aparte de ser feo como el diablo y tener el mismo humor de perros que su hermano, Dios nos ha dado lanzagranadas sólo para gente como él.* Un zumbido penetrante desde la atalaya y el proyectil que cae en medio de un mar de Pellejudos, haciendo saltar por los aires brazos y cabezas como si fueran confeti.

— Tres más, en intervalos de veinte segundos. Y luego ocúpate de la primera línea.

Se alejó por la pasarela a cinco metros de altura pensando que ya había hecho todo lo posible, intentando acallar los remordimientos por haber enviado a una novata a un trabajo tan peligroso. *¿Y qué? Esto es la guerra y en la guerra hay muertos. Pero te echaré de menos, Literatura Inglesa.* De repente se volvió con rabia al niño, que no dejaba de seguirle como un perrillo faldero desde que comenzó el ataque.

— Estoy desperdiciando a mi mejor artillero por ti —le susurró desde muy cerca—. Si ella no vuelve, tú la seguirás.

## 22

La primera imagen que le vino a la mente fue la de un terremoto. Después pensó en un rayo que había caído justo sobre su cabeza, un poco de misericordia divina para abreviar el final. La onda expansiva los había arrojado a ella y al muchacho tras un desnivel de terreno que actuó providencialmente como barricada ante el segundo impacto. Por un momento la lluvia se convirtió en barro, acompañada de un extraño granizo hecho de dedos, piel y jirones de carne destrozada. Entonces vio la brecha a través de una cortina de agua que parecía querer inundar el mundo entero: un pasadizo abierto por las explosiones de no más de diez metros de ancho, en medio de la muchedumbre de Errantes.

— ¡A la izquierda! ¡Corre!

A estas alturas el chico ya no necesitaba que se lo repitieran. Corrieron como posesos mientras resbalaban una y mil veces en el barro, avanzando con la torpeza de una pesadilla. También los Errantes patinaban y caían en el lodazal, a veces en posturas que habrían resultado divertidas en cualquier otra si-

tuación. Pero la brecha había comenzado a cerrarse de nuevo.

Quince metros, doce, diez. Sólo era cuestión de saber quién llegaba primero al mismo punto determinado. Se podía reducir todo esto a una función matemática, pensó Eva, una ecuación con dos incógnitas de distancia y velocidad. *Me pregunto por qué se le ocurren cosas como esta a la gente que está a punto de morir.* Una nueva explosión más lejana, un dato irrelevante para la resolución de la fórmula. Mientras tanto, Eva decidía ayudar un poco a las matemáticas vaciando su penúltimo cargador a menos de tres metros del grupo que avanzaba por la derecha. Dos Pellejudos bien seleccionados cayeron al suelo con las cabezas reventadas, sobre todo para entorpecer aun más la marcha de los que venían detrás. En ese momento sintió un desgarró en el hombro izquierdo y pensó que la habían mordido, pero al volverse vio durante un momento la rama de un árbol arrancada de cuajo en la mano del Errante. Sin embargo, no tenía tiempo para pensar en eso, ni en ninguna otra cosa que no fuera correr.

Llegaron a la cresta de la colina un segundo antes de que los dos apéndices del Gusano se cerraran para engullirles. Ahora tenían el camino libre —siempre que las balas procedentes de Cíbola no los abatieran en plena carrera—, pero la adrenalina se iba agotando por momentos y el cansancio les agarrotaba los músculos como si fueran de plomo. Eva miró hacia atrás con odio, mientras sus manos colocaban instintivamente el último cargador de la Beretta: aquellos bichos no se cansaban nunca. Daba igual que en vida hubiesen sido unos holgazanes o los más diligentes trabajadores, la muerte los había igualado como si salieran de una cadena de montaje. Les habían quitado todo lo superfluo —inteligencia, recuerdos, emociones— para dejarlos sólo con el Hambre y aquella maldita persistencia suya que únicamente terminaba con una bala en la cabeza. Mientras tanto, Eva y el muchacho seguían corriendo hacia la verja agitando los brazos frenéticamente, un intento desesperado de no servir como blanco a los tiradores de Cíbola. En ese momento se abrieron las puertas, y un Land Rover con blindaje casero a base de placas de metal se abrió paso hacia ellos bajo la lluvia.